

CAPÍTULO TRECE

“Mas, apenas comenzó a descubrirse el día por los balcones del oriente, cuando los cinco de los seis cabreros se levantaron y fueron a despertar a don Quijote, y a decille si estaba todavía con propósito de ir a ver el famoso entierro de Grisóstomo, y que ellos le harían **compañía**”

Con esta tópica descripción del amanecer, evocadora de la ya realizada en el capítulo 2, se repite la burla sobre el artificioso estilo de la Vida, en cuyo Libro II, VII (Apéndice) se continúa la historia de los orígenes de la Compañía, núcleo paródico central de este capítulo 13.

Recordemos que el capítulo 12 ha finalizado en el momento que don Quijote se ha separado de Sancho y los cabreros para acostarse “en la choza de Pedro”, o sea, que transcurre un tiempo durante el cual no está junto al resto de sus compañeros, en consonancia con el tiempo que Loyola pasa en Venecia separado de todos los suyos, pues ese es el momento que se está parodiando.

El mismo juego numérico¹ de los capítulos anteriores prosigue ahora, especificándose el número de cabreros (“**cinco** de los seis cabreros se levantaron y fueron a despertar a don Quijote”) con la intención de hacerlo coincidir con el número de jesuitas que vuelven a reagruparse con Loyola en Venecia. Es decir, la noche pasada por don Quijote en la choza de Pedro es, como se ha dicho, el tiempo simbólico transcurrido entre la separación de Loyola y sus compañeros, por eso, al amanecer, don Quijote es despertado por los cinco cabreros: “se levantaron y fueron a despertar”, o sea, hicieron el viaje de París a Venecia y fueron a reunirse con Loyola.

“Llegaron en fin a Venecia a 8 de Enero del año de 1537; y allí hallaron a su padre y maestro Ignacio que los aguardaba juntamente con el otro sacerdote que dijimos que se le había llegado, y con singular alegría se recibieron los unos a los otros. Mas porque aún no era buena sazón de ir a Roma a pedir la bendición del Papa para ir a Jerusalén, dando de mano a todas las otras cosas, determinaron de repartirse por los hospitales, y los **cinco** dellos se fueron al hospital de san Juan y san Pablo, y los otros **cinco** al hospital de los incurables”

Los jesuitas llegaron a Venecia y encontraron “a su padre y maestro Ignacio que los aguardaba”. También don Quijote debía estar esperando la llegada de los cabreros, pues al final del capítulo anterior se ha dicho que “todo lo más de la noche se le pasó en memorias de su señora”, es decir, no durmió, y aguardaba la llegada de los cabreros para levantarse. Por eso, una vez que están juntos, Cervantes recurre al número cinco (“cinco de los seis cabreros”) tal como hace Ribadeneyra (cinco dellos...otros cinco), y añade el vocablo “compañía” (“ellos le harían compañía”) como referente general a la nueva reagrupación de todos los miembros de la orden.

Incluso el verbo despertar parece tener un sentido profundo pues, como se ha visto, don Quijote no estaba dormido, y se levanta en cuanto llegan los cabreros, en

¹ El juego numérico de los capítulos 11,12 y 13 ha sido también objeto de opiniones contrapuestas, entre quienes encuentran indicios de intencionalidad oculta (Rodríguez Marín, Cejador) y quienes lo ven carente de sentido (Casalduero)

consonancia con el objetivo de despertar² los corazones (ese es el sentido de dicho verbo en las muchas ocasiones en que aparece en la Vida) que tienen los jesuitas al reunirse en Venecia.

“Don Quijote, que otra **cosa** no **deseaba**, se **levantó** y mandó a Sancho que ensillase y enalbardase al momento, lo cual él hizo con mucha diligencia, y con la misma se pusieron luego todos en camino”

Esta orden de ensillar y enalbardar especificada por el narrador, llama la atención por su excesiva precisión y, también, por hacerse con el orden alterado, pues lo lógico es³ colocar primero la albarda, o aparejo protector, y después la silla de montar. Su explicación parece ser la siguiente.

En el fragmento anterior de la Vida se informa de que nada más llegar a Venecia y recibirse los unos a los otros, lo primero que hacen todos los jesuitas, dado que todavía no era momento de “ir a Roma a pedir la bendición del Papa”, es repartirse por los hospitales. O sea, su primera intención era ir a pedir la bendición del Papa, cuyo símbolo, la silla (“ensillase”) es precisamente lo que provoca esa anticipación en el orden del proceso de aparejar al caballo.

Pero además, ese fragmento está íntimamente relacionado con otro del Relato

“Y gustando mucho de aquellos libros, le vino al pensamiento de sacar algunas **cosas** en breve más **esenciales** de la vida de Cristo y de los Santos; y así se pone a escribir un libro con mucha diligencia (porque ya comenzaba a **levantarse** un poco por casa); las palabras de Cristo de tinta colorada, las de nuestra Señora de tinta azul; y el papel era bruñido y rayado, y de buena letra, porque era muy buen escribano. Parte del tiempo gastaba en escribir, parte en oración. Y la mayor consolación que recibía era mirar el cielo y las estrellas, lo qual hacía muchas veces y por muy grande espacio, porque con aquello sentía en sí un muy grande esfuerzo para servir a nuestro Señor. Pensaba muchas veces en su propósito, **deseando** ya ser sano del **todo** para se poner en camino” (R, 11)

El cuadro comparativo revela la abundancia de paralelismos formales

Relato	Quijote
algunas cosas	otra cosa
levantarse	<u>se levantó</u>
<u>lo qual hacía</u>	<u>lo cual él lizo</u>
<u>con mucha diligencia</u>	<u>con mucha diligencia</u>
<u>se poner en camino</u>	<u>se pusieron... en camino</u>
todo	todos
deseando	deseaba

El fragmento cervantino está claramente extraído del otro en una especie de armonía imitativa con doble objetivo, de un lado llamar la atención sobre el curioso trabajo con las diferentes tintas y, sobre todo, hacer coincidir esas constantes noches en vela de Loyola (“mirar el cielo y las estrellas, lo qual hacía muchas veces y por muy grande espacio”) con la que acaba de pasar don Quijote en la choza, pues según se especificó al final del capítulo 12 “todo lo más de la noche se le pasó en memorias de su señora Dulcinea, a imitación de los amantes de Marcela”

² “ensalzando la virtud y reprehendiendo los vicios y **despertando** los corazones de los hombres al menosprecio del mundo” (Vida I, XV) “a fin de sacar a los hombres del cautiverio de Satanás y **despertar** los corazones y atraerlos a procurar con todas sus fuerzas aquella bienaventuranza para que Dios los crió” (Vida II, VIII)

³ Según precisa el caballero y caballista Manolo del Pozo.

“Y no hubieron andado un cuarto de legua, cuando, al cruzar de una senda, vieron venir hacia ellos hasta seis pastores, vestidos con pellicos negros y coronadas las cabezas con guirnaldas de ciprés y de amarga adelfa. Traía cada uno un grueso bastón de acebo en la mano. Venían con ellos, asimesmo, dos gentiles hombres de a caballo, muy bien aderezados de camino, con otros tres mozos de a pie que los acompañaban. En llegándose a juntar se saludaron cortésmente, y, preguntándose los unos a los otros dónde iban, supieron que todos se encaminaban al lugar del entierro, y así, comenzaron a caminar todos juntos”

El encuentro del grupo de don Quijote con este nuevo grupo de once personas rememora la reunificación de todos los jesuitas en Venecia

“Mientras que el Padre esperaba en Venecia la venida de sus compañeros, se encendió nueva guerra en Francia, entrando en ella con poderoso ejército, por la parte de la Provenza, el emperador Don Carlos, V deste nombre. Por lo cual, los compañeros, que habían quedado de acuerdo de partir de París en su demanda el día de la Conversión de San Pablo del año de mil quinientos y treinta y siete, fueron forzados de anticipar su salida, huyendo la turbación y peligro de la guerra. Y así partieron de París a quince de noviembre de mil y quinientos y treinta y seis, y su camino era desta manera. Iban todos a pie, vestidos pobremente, cada uno cargado de los cartapacios y escritos de sus estudios. Los tres que solos eran sacerdotes, conviene a saber: Pedro Fabro, Claudio Yayo y Pascasio Broeth, decían cada día misa, y los otros seis recibían el santísimo Sacramento del cuerpo de nuestro Señor, armándose con el pan de vida contra los grandes trabajos y dificultades de aquella su larga y peligrosa jornada. Por la mañana, al salir de la posada, y por la tarde, al entrar en ella, era su primero y principal cuidado hacer alguna breve oración y, esta acabada, por el camino se seguía la meditación, y tras ella razonaban las cosas divinas y espirituales. El comer era siempre muy medido y como de pobres; cuando consultaban si sería bien hacer alguna cosa o no, seguían con mucha paz y concordia todos lo que parecía a la mayor parte. [...] Y así con la misma pobreza y desnudez, con que habían venido a Roma, se tornaron, pidiendo por amor de Dios, a Venecia; a donde llegados se repartieron por sus Hospitales, como antes habían estado. Y poco después todos juntos hicieron voto de Castidad y pobreza delante de Jerónimo Veralo, legado del Papa en Venecia, que entonces era Arzobispo de Rosano, y después fue Cardenal de la santa iglesia Romana” (Vida II, VII)

Mientras Loyola los aguarda en Venecia, el resto de sus compañeros se ponen en camino para encontrarse con él. Según Ribadeneyra eran “tres” sacerdotes y “otros seis” no ordenados, por el camino razonaban de cosas espirituales y en Venecia, todos juntos, hicieron voto de castidad y pobreza ante Jerónimo Veralo. Esa es en esencia el contenido de ese fragmento que sirve de núcleo para la parodia.

En primer lugar Cervantes ha imitado el número (**seis** + dos + **tres**) y su forma de presentación, aunque en la Vida, en vez de los once contados por Cervantes, aparecen sólo nueve (**tres** + **seis**). Lo importante es el sentido numérico y la igualdad formal de la imitación. A ello hay que añadirle el tono del reencuentro, evocado por Cervantes con la expresión “los unos a los otros”

“Llegaron en fin a Venecia [...] y con singular alegría se recibieron los unos a los otros”

y el sentido itinerante del capítulo núcleo, pues el grupo de don Quijote inicia el camino con una frase (“Y no hubieron andado un cuarto de legua”) también existente en la Vida

“Apenas había andado una legua de Monserrate” (Vida I, IV)

“Saliendo un día a una iglesia, que estaba fuera de Manresa como **un tercio de legua**” (Vida I, VII)

El nuevo grupo de pastores viste estrafalariamente (“vestidos con pellicos negros y coronadas las cabezas”) en consonancia con el aspecto del grupo de jesuitas

“No dejaré de decir cómo el mismo día que salieron de París, maravillados algunos de ver el nuevo traje, el número y el modo de caminar de estos nuestros primeros padres” (Vida II, VII)

Los tres conceptos señalados por Ribadeneira (traje, número y modo) han sido también destacados por Cervantes al especificar, además del traje y número, que en el grupo van gente a pie y gente a caballo.

Aunque Ribadeneira no declara el color del nuevo traje de sus compañeros, se sabe que era negro, color distintivo de la Compañía desde su fundación, y bastante estrafalario, pues causaba sorpresa entre la gente (“maravillados algunos de ver el nuevo traje”). Cervantes añade además que los pastores traían “coronadas las cabezas”, simbolizando probablemente la tonsura⁴ eclesiástica.

Los dos grupos presentan, pues, aspectos muy semejantes y llamativos mientras caminan juntos y dialogan (“por el camino se seguía la meditación, y tras ella razonaban las cosas divinas y espirituales”)

“Uno de los de a caballo, hablando con su compañero, le dijo:

-Paréceme, señor Vivaldo, que habemos de dar por bien empleada la tardanza que hiciéremos en ver este famoso entierro, que no podrá dejar de ser famoso, según estos pastores nos han contado estrañezas así del muerto pastor como de la pastora homicida.

-Así me lo parece a mí –respondió Vivaldo–, y no digo yo hacer tardanza de un día, pero de cuatro la hiciera a truco de verle”

Dentro del grupo se aprecia una clara división entre sus miembros, por un lado los caminantes, por otro los dos hombres de a caballo que han mantenido ese breve diálogo, donde destacan tanto la fama del entierro como la acusación de “homicida” que recae sobre Marcela. Inmediatamente don Quijote se suma al grupo de caballeros

“Preguntóles don Quijote **qué** era lo que habían oído de Marcela y de Grisóstomo. El **caminante dijo** que aquella madrugada habían encontrado con aquellos pastores y que, por haberles **visto** en aquel tan triste **traje**, les habían **preguntado** la ocasión por que iban de aquella manera; que uno dellos se lo contó, contando la estrañeza y hermosura de una pastora llamada Marcela y los amores de muchos que la recuestaban, con la muerte de aquel Grisóstomo a cuyo entierro iban. Finalmente, él contó todo lo que Pedro a don Quijote había contado”

Estos primeros momentos del encuentro entre don Quijote y Vivaldo están dominados por el afán inquisitivo de ambas partes, interesadas en intercambiarse información sobre el asunto que les une. Según “El caminante”, han sido los trajes de los amigos de Grisóstomo lo que despertaron su curiosidad, igual que la vestimenta de los jesuitas llamaba la atención, según el fragmento ya comentado

“No dejaré de **decir** cómo el mismo día que salieron de París, maravillados algunos de **ver** el nuevo **traje**, el número y el modo de **caminar** destos nuestros primeros padres, **preguntaron** a un labrador, que de hito en hito los estaba mirando, si sabía **qué gente era aquella**”

⁴ “La señal de que uno está dedicado para la Iglesia, como es quando toma corona, que llamamos primera tonsura” Covarrubias, o.c.

En lo esencial, ambos textos coinciden tanto en su contenido (tono curioso-interrogativo, ambiente campestre y personas sorprendidas por el traje de los otros) como en lo formal

Vida
decir
ver
traje
caminar
preguntaron
qué
aquella gente

Quijote
dijo
visto
traje
caminante
preguntado
qué
aquellos pastores

El caminante añade además el triste aspecto (“tan triste traje”) de los pastores, extrapolable al de los jesuitas.

“Cesó esta plática y comenzóse otra, preguntando el que se llamaba Vivaldo a don Quijote qué era la ocasión que le movía a andar armado de aquella manera por tierra tan pacífica. A lo cual respondió don Quijote”

El narrador utiliza el vocablo “plática”, muy usado en la Vida, tanto en el sentido de conversación⁵ como en el de sermón espiritual⁶, imitando, según se ha visto, el modo de caminar dialogando de los jesuitas.

La pregunta de Vivaldo cambia el rumbo de la charla, que prácticamente durante el resto del capítulo girará en torno a la figura de don Quijote y la caballería

“-La profesión de mi ejercicio no consiente ni permite que yo ande de otra manera. El buen paso, el regalo y el reposo, allá se inventó para los blandos cortesanos; mas el trabajo, la inquietud y las armas sólo se inventaron e hicieron para aquellos que el mundo llama caballeros andantes, de los cuales yo, aunque indigno, soy el menor de todos”

Sobre esta respuesta comenta Murillo: “Es la primera ocasión en que don Quijote se ve obligado a justificar su empresa ante un desconocido, y por primera vez había de hablar de ‘su profesión’. Nótese la frecuencia con que se repite este término en lo que sigue”⁷. Tan acertada apreciación se corresponde con el cambio de estado producido en Loyola tras la fundación de la Compañía y, fundamentalmente, tras su ordenación como sacerdote, momento (junio de 1537) recogido por Ribadeneyra en las últimas frases del capítulo núcleo

“Y así con la misma pobreza y desnudez, con que habían venido a Roma, se tornaron, pidiendo por amor de Dios, a Venecia; a donde llegados se repartieron por sus Hospitales, como antes habían estado. Y poco después todos juntos hicieron voto de Castidad y pobreza delante de Jerónimo Veralo, legado del Papa en Venecia, que entonces era Arzobispo de Rosano, y después fue Cardenal de la santa iglesia Romana. Y ordenáronse de Misa Ignacio, y los otros compañeros, el día de san Juan Bautista, dándoles este alto Sacramento el Obispo Arbense con maravillosa consolación y gusto espiritual; así de los que recibían aquella sacra dignidad, como del perlado que a ella los promovía. El cual decía que en los días de su vida no había recibido tan grande y tan extraordinaria alegría en órdenes que hubiese dado, como aquel día;

⁵ “Comenzaron a andar juntos y a trabar **plática**” (Vida I, III)

⁶ “Buscaron al peregrino luego, convidáronle a comer, comió, y después les hizo una **plática** espiritual de que quedaron asombrados y aficionados a él” (Vida I, X)

“Con estás obras iban derramando un olor de Cristo y de su doctrina tan suave y bueno, que muchos sacaron singular fruto de sus **pláticas** y conversación” (Vida II, X)

⁷ Murillo, o. c., n.4, p. 169.

atribuyéndolo todo al particular concurso y gracia de Dios, con que favorecía a nuestros Padres”

Se especifica que todos los jesuitas estaban juntos (“todos juntos hicieron voto de Castidad y pobreza delante de Jerónimo Veralo”) e hicieron voto ante el legado del papa, Jerónimo Veralo, de quien, en el capítulo anterior al que nos sirve de núcleo, dice Ribadeneyra

“Dio también los ejercicios espirituales en Venecia a algunos caballeros de aquel clarísimo Senado, ayudándolos con su consejo a seguir el camino de la virtud cristiana. Mas no faltaron otros que, por envidia o por estar mal informados, publicaron por la ciudad que era un hombre fugitivo, y que en España había estado muchas veces preso y que, habiéndole quemado su estatua, se vino huyendo, y que ni aun en París había podido estar seguro, sino que hubo de salir huyendo para escapar la vida. Vino la cosa a términos que se averiguó este negocio por tela de juicio, y así se hizo diligente pesquisa de su vida y costumbres. Mas como esto se fundaba en falsedad, luego se cayó todo. Porque, como ya Ignacio miraba por la fama de sus compañeros más que había mirado por la suya, no paró hasta que el Nuncio Apostólico, que entonces estaba en Venecia, llamado, Jerónimo Veralo, declaró la verdad por su sentencia, en la cual de la entereza de vida y dotrina de nuestro Padre dio claro y muy ilustre testimonio, como se vee en la misma sentencia original que hoy día tenemos en Roma” (Vida II, VI)

Jerónimo Veralo actúa aquí como último juez de un proceso instruido en Venecia contra Loyola, declarado al fin inocente. Apenas se dice algo sobre él, pero se deduce que, como juez, debió interrogarle y hacer indagaciones sobre su vida y sus compañeros⁸.

Pero además, Veralo ha presidido el voto de castidad y pobreza hecho ante él por todos los jesuitas en Venecia. Es decir, este hombre cumple en la vida de Loyola la doble función de juez defensor de los intereses de la Iglesia, y la de prelado eclesiástico cumpliendo sus tareas, en este caso, presidiendo el voto de estos nuevos sacerdotes.

Pues bien, la figura de este legado, mitad perseguidor y mitad protector de Loyola, parece ser la fuente de inspiración utilizada por Cervantes para la creación del cortés y enigmático Vivaldo⁹, un personaje que, como el cabrero Pedro, es de los pocos del nutrido grupo mencionados por su nombre. En muchas ocasiones se ha visto a Vivaldo como uno de los paradigmas del Quijote, equiparándolo por sus virtudes al del Verde Gabán. Pero el análisis profundo de este hombre en apariencias sencillo, prudente y educado, poco a poco nos lo va mostrando como un hábil escrutador que, astutamente, sonsaca sin ningún tipo de consideraciones a don Quijote.

El paralelismo entre las funciones de Veralo y Vivaldo está en primer lugar corroborado por sus similitudes fonéticas y anagramáticas, sobre todo si se tiene en

⁸ En una célebre carta de 1538 dirigida a su benefactora Isabel Roser, escribe Loyola: “como de nosotros se había dicho o publicado aquí, que éramos fugitivos de muchas tierras, y especialmente de París, de España y de Venecia: para el mismo tiempo que se había de dar la sentencia o declaración de nosotros se hallaron aquí en Roma, nuevamente venidos, el regente Figueroa, el qual me prendió una vez en Alcalá, y hizo proceso dos veces contra mí, y el vicario general del legado de Venecia, el qual también hizo proceso contra mí (después que comenzamos a predicar en la Señoría de Venecia)” Carta a Isabel Roser, Roma 19 de diciembre de 1538, FN,I, p. 11.

⁹ “Apellido de una familia de banqueros genoveses, afincados desde hacía tiempo en Sevilla, uno de los cuales fue poeta y amigo de Cervantes: Adán Vivaldo” Don Quijote de la Mancha, Ed. Avallé-Arce, o.c., p. 166, n. 2.

cuenta que el nombre de Veralo se escribe algunas veces con doble ele (Verallo o, en latín, Veralli), pues entonces suma, como Vivaldo, un total de siete letras (V-E-R-A-L-L-O / V-I-V-A-L-D-O)

Una vez identificado Vivaldo como un eclesiástico que interviene en los procesos contra Loyola, es más fácil comprender la primera pregunta hecha por don Quijote: “qué era lo que habían oído de Marcela y de Grisóstomo”

Dice Ribadeneyra que Loyola había sido acusado en Venecia de huir de España y de París y, también, que “se hizo diligente pesquisa de su vida y costumbres”, de ahí que don Quijote esté muy interesado en saber lo que Vivaldo ha averiguado sobre Marcela, igual que Loyola desearía conocer, al principio de su proceso, lo que Veralo sabía sobre él y la Compañía, es decir, de qué se le acusaba. La nota indicativa de ambigüedad la aporta la insistente repetición del verbo “contar”, cuatro veces utilizado en ese fragmento (se lo contó, contando ... él contó ... había contado) con la intención de resaltar la base difamatoria de un proceso basado en habladurías.

El sentido indagatorio de ese proceso está simbólicamente mantenido durante casi todo el capítulo, que transcurre como un mano a mano entre las astutas preguntas de Vivaldo y las sinceras e ingenuas respuestas de don Quijote.

Tras la primera pregunta de don Quijote, comienza el interrogatorio de Vivaldo

“Cesó esta plática y comenzóse otra, preguntando el que se llamaba Vivaldo a don Quijote qué era la ocasión que le movía a andar armado de aquella manera por tierra tan pacífica. A lo cual respondió don Quijote”

En su respuesta, como señala Murillo, don Quijote habla por primera vez de su profesión

“-La **profesión** de mi ejercicio no consiente ni permite que yo ande de otra manera. El buen paso, el regalo y el reposo, allá se inventó para los blandos cortesanos; mas el trabajo, la inquietud y las armas sólo se inventaron e hicieron para aquellos que el mundo llama caballeros andantes, de los cuales yo, aunque indigno, soy el menor de todos”

La ambigua respuesta de don Quijote propicia que sus interlocutores entiendan que confunde su grotesca profesión con la de los religiosos, como después él especificará. De ahí que inmediatamente intervenga el narrador para comunicarnos las reacciones a esa respuesta

“Apenas le oyeron esto, cuando todos le tuvieron por loco”

También en Venecia debieron tomar por loco a Loyola, vestido de tan extravagante manera, llevando una vida tan sacrificada y predicando la vuelta a la pobreza evangélica, en un lugar donde la espiritualidad no había tomado los extremos derroteros españoles, que todo eso es lo que, en el lenguaje profundo, le viene a preguntar Vivaldo cuando dice: “qué era la ocasión que le movía a andar armado de aquella manera por tierra tan pacífica”. Vivaldo está refiriéndose no al aspecto externo, sino a la beligerancia de Loyola en unas tierras donde apenas había problemas religiosos.

En esa onda toma también sentido la respuesta de don Quijote sobre su profesión, totalmente cargada de matices religiosos. Ya se ha visto que tanto “profesión” como “ejercicio”, y especialmente este último, son vocablos constantemente utilizados por Ribadeneyra. El primero referido al hecho de profesar¹⁰, hacer voto, en una orden religiosa, y el segundo, también muy abundante en el Quijote, al hecho de practicar la religión y cumplir con sus preceptos.

¹⁰ “Y todos los que hicieren **profesión** en esta Compañía, se acordarán, no solo al tiempo que la hacen, más todos los días de su vida, que esta Compañía y todos los que en ella **profesan**, son soldados de Dios que militan debajo de la fiel obediencia de nuestro santo padre y señor, el papa Paulo III, y los otros romanos pontífices sus sucesores” (Vida III, XXI)

El ejercicio de la profesión implica, pues, un duro trabajo y un permanente compromiso que obliga al religioso a estar siempre en guardia o, simbólicamente armado, como ha dicho Vivaldo, y como responde don Quijote: “La profesión de mi ejercicio no consiente ni permite que yo ande de otra manera”, o sea, siempre dispuesto y alerta. Para hacerse comprender mejor don Quijote extiende su explicación: “El buen paso, el regalo y el reposo, allá se inventó para los blandos cortesanos; mas el trabajo, la inquietud y las armas solo se inventaron e hicieron para aquellos que en el mundo llamamos caballeros andantes”

Se trata de una crítica muy similar a la arenga del capítulo 7 como líder de los aventureros contra el bando de los cortesanos. La respuesta no es serena, sino beligerante y contraria al adocenamiento de los “blandos cortesanos”, trasunto, como en aquella ocasión, del conservadurismo de la Iglesia católica. Se repite, pues, la situación del capítulo 7, donde se criticaban los interrogatorios y encarcelamientos sufridos por Loyola en Alcalá y Salamanca. Hay una expresión que nos remite a aquellos procesos, pues don Quijote ha dicho “**no consiente ni permite que yo ande de otra manera**”, refiriéndose a su manera de vestir y respondiendo a la pregunta de Vivaldo. Recordemos que la expresión “andar de otra manera” se encuentra en la sentencia leída en Alcalá, donde se les obligaba a cambiar de vestido, o sea, el mismo asunto sobre el que gira ahora el interés de Vivaldo

“Y viniendo el notario de la causa a la cárcel, leyó al preso la sentencia que contenía tres cosas. La primera que le daba por libre a él y a sus compañeros, y que de lo que se les oponía fueron hallados del todo inocentes y sin culpa. La segunda, que su hábito fuese el mismo que el de los demás estudiantes con manteo y bonete, y que de ahí adelante **no anduviesen de otra manera vestidos**” (Vida I, XIV)

Ahora, en Venecia, está ocurriendo lo mismo, y Vivaldo actúa como juez interesado en conocer las razones de Loyola para ir tan pobre (o guerrilleramente) vestido, por eso la primera respuesta requiere una compleja explicación y se convierte, como entonces, en una exposición o defensa de su ideología religiosa, semejante a la ya realizada en los anteriores procesos. Su oposición al “buen paso el regalo y el reposo”, su concepto del “camino de la virtud cristiana”, su idea de renovación de la Iglesia a través de la vuelta al cristianismo apostólico, y por ello su enfrentamiento con “los blandos cortesanos”, son, en definitiva, una metáfora de los duros, crueles y poderosos eclesiásticos de la corte. Don Quijote es un idealista convencido, un practicante radical (“La profesión de mi ejercicio **no consiente ni permite**”) que expresa con rotundidad su coherencia. Por supuesto, el sentido profundo de cada una de esas palabras lo hallamos en la Vida, donde en un mismo fragmento ambientado en Venecia, concurren tres de esos vocablos (“El **buen** paso, el **regalo** y el **reposo**, allá se inventó para los **blandos cortesanos**”) y un ambiente general donde se explica el concepto de vida regalada frente a la desnudez

“Estaba este caballero una noche durmiendo en su cama a **buen reposo** con mucho **regalo** (que le suele tener la gente principal de la ciudad de Venecia, y al mismo tiempo se estaba nuestro Ignacio, pobre y desnudo, en el suelo, sin que hubiese quien le albergase ni le dijese: ¿qué haces ahí? Estando, pues, el caballero en su **regalo**, oyó unas voces como que le despertaban y le decían:

- ¿Cómo, que tú andes delicada y ricamente vestido y estés tan **regalado** en tu casa, y que mi siervo esté **desnudo en los portales de la plaza**? ¿Que tú duermas en cama **blanda** y ricamente aderezada y que él esté tendido en el duro suelo al sereno?” (Vida I, X)

Se trata de una clara intervención divina a favor de Loyola, una voz capaz de convencer al rico caballero y poner en evidencia la desigualdad. ¿Nos remite Cervantes

a ese fragmento por su incredulidad? A él volveremos enseguida, pues, más adelante, aparece equiparado con las leyendas más fantasiosas de la tradición literaria.

Vida

buen

reposo

regalo

blanda y ricamente aderezada

Quijote

buen

reposo

regalo

blandos cortesanos

A los placeres de la vida cortesana o religión acomodada, don Quijote opone la aspereza de la vida caballeresca o religión mendicante, por eso nombra en primer lugar el trabajo (“mas el trabajo, la inquietud y las armas”) como condición general diaria e indispensable para ganarse el sustento. En segundo lugar la inquietud, la desazón permanente en que viven quienes necesitan mendigar diariamente

“comenzó a titubear en su vocación, y a dudar si sería más servido nuestro Señor seguir el camino comenzado, o vivir en compañía de aquel santo en contemplación, apartado de los primeros y del desasosiego e **inquietud** que la conversación de los hombres trae consigo” (Vida II, IX)

Y, en tercer lugar, las armas, símbolo de los instrumentos otorgados por Dios a sus seguidores

“Confesóse enteramente de sus pecados la víspera de los gloriosos apóstoles san Pedro y san Pablo, y como caballero cristiano se armó de las verdaderas **armas** de los otros santos sacramentos, que Jesu Cristo nuestro Redentor nos dejó para nuestro remedio y defensa” (Vida I, I)

“no pueden fácilmente entender cuánto se sirve nuestro Señor en aquellas provincias de los de la Compañía, que están siempre con las **armas** en las manos peleando con los herejes, y haciendo rostro como soldados valerosos al ímpetu infernal de su atrevida osadía” (Vida V, XIII)

También aparecen en la Vida otras frases cortesanas, aquellas con las que Ribadeneyra adula descaradamente a personas poderosas como Quiroga, ante quien se humilla con la misma expresión empleada por don Quijote: “de los cuales yo, **aunque indigno**, soy el menor de todos”

“Y toca a mí hacer esto más que a nadie, así porque, de haberme criado desde niño a los pechos de nuestro padre, soy testigo de la amistad estrecha que entre vuestra Señoría Ilustrísima y él hubo, como por la merced tan conocida que V. Señoría Ilustrísima siempre me hace, como a hijo (**aunque indigno**) de tal padre” (Vida, A Quiroga)

En definitiva, frente al “buen paso, el regalo y el reposo” que simbolizan, en toda la obra, a los eclesiásticos, don Quijote muestra sus símbolos, “la inquietud y las armas”, concluyendo con esa humilde autodenominación del menor de los “caballeros andantes”, con la que se sitúa como el último de quienes aspiraron a la santidad. La expresión y el concepto de sencillez y humillación que encierra la frase también aparece en la Vida

“Y con esto, échase a los pies del maestro y ruégale una y muchas veces muy ahincadamente que muy particularmente le tome a su cargo, y le trate como al **menor muchacho de sus discípulos**” (Vida I, XIII)

Cuando don Quijote públicamente se autodenomina el menor de los caballeros andantes, está imitando ese gesto de Loyola reclamando un trato semejante al menor estudiante.

“Apenas le oyeron esto, cuando todos le tuvieron por loco; y por averiguarlo más y ver qué género de locura era el suyo, le tornó a preguntar Vivaldo que qué quería decir caballeros andantes”

El narrador no excluye a nadie del grupo de esa apreciación sobre el estado mental de don Quijote, ni siquiera a Sancho, a quien no se menciona durante todo este capítulo en consonancia con la soledad que rodea a Loyola durante el proceso seguido en Venecia, donde “todos le tuvieron por loco”. A don Quijote también se le va a considerar loco parcialmente, sólo cuando discurre sobre la caballería andante, igual que a Loyola se le considera también loco sólo cuando practica o razona sobre religión. Ya se ha visto que, en el Relato¹¹ o la Vida¹², en más de una ocasión le tomaron por loco, incluso él mismo, según Ribadeneyra, estaba dispuesta a sufrir gustosamente ese equívoco

“Deseaba que todos burlasen dél y decía que si se dejara llevar de su fervor y deseo, se anduviera por las calles desnudo y emplumado y lleno de lodo para ser tenido por **loco**” (Vida V, III)

Según el narrador, una vez conocida la locura de don Quijote sus interlocutores desearon saber su “género” y, por supuesto, quien pregunta de nuevo (“**tornó a**”) es Vivaldo, reforzando el sentido de interrogatorio existente en el lenguaje profundo

“De ahí a cuatro meses el vicario **tornó a** hacer nueva pesquisa sobre ellos, y después de largas informaciones, y largas **preguntas** y respuestas que a otros se hicieron, no le dijeron a él palabra, ni le tocaron en un hilo de la ropa” (Vida I, XIV)

Siguiendo un procedimiento análogo al utilizado en los capítulos 6 y 7, el narrador continúa el simbolismo procesal, utilizando expresiones de aquellos juicios contra Loyola recogidos en la Vida, porque sobre el de Venecia no hay información, de ahí la expresión “le **tornó a preguntar**”, inspirada en los procesos de Alcalá.

Vivaldo, presentado como una persona culta, sabe, desde luego, lo que es un caballero andante, por eso su pregunta va más allá, pues desea saber qué quiere decir concretamente don Quijote con esos términos tan anacrónicos. Por supuesto, la postura de Vivaldo vuelve a ser la de un eclesiástico ortodoxo juzgando a una persona sospechosa de herejía que pretende defenderse al amparo de la tradición religiosa más pura, por eso don Quijote responde con una larga perorata donde, en el lenguaje externo, mezcla las leyendas artúricas con el romancero castellano y los libros de caballerías. No obstante, su respuesta, limpia del humo que la envuelve, contiene detalles encuadrables en el discurso profundo. Como la fábula del cuervo

-¿No han vuestras mercedes leído –respondió don Quijote– los anales e historias de Ingalaterra, donde se tratan las famosas fazañas del rey Arturo, que continuamente **en nuestro romance castellano** llamamos el rey Artús, de quien es tradición antigua y común en todo aquel reino de la Gran Bretaña que este rey no murió, sino que por arte de encantamento se convirtió en cuervo, y que andando los tiempos ha de volver a reinar y a cobrar su reino y cetro, a cuya causa no se probará que desde aquel tiempo a este haya ningún inglés muerto cuervo alguno?

Esta fantásica leyenda en la que cree don Quijote es muy parecida a otras existentes en los libros religiosos, sirva de ejemplo la del hombre rico veneciano que de noche escucha la voz de Dios

¹¹ “Llegan al palacio del capitán, y déjanle en una sala baja, y de allí a un rato le habla el capitán. Y él sin hacer ningún modo de cortesía, responde pocas palabras, y con notable espacio entre una y otra. Y el capitán le tuvo por **loco**, y así lo dijo a los que lo trajeron: «este hombre no tiene seso; dalde lo suyo y echaldo fuera»” (R, 53)

¹² “Enojóse el capitán con los soldados ásperamente, riñéndoles y diciéndoles que harto locos eran ellos, pues le habían traído allí un **loco**, y con tanto manda que se lo quiten de delante y le echen de allí” (Vida I, XII)

“- ¿Cómo, que tú andes delicada y ricamente vestido y estés tan regalado en tu casa, y que mi siervo esté desnudo en los portales de la plaza? ¿Que tú duermas en cama blanda y ricamente aderezada y que él esté tendido en el duro suelo al sereno? - Levantóse a estas voces el senador, despavorido y espantado con esta novedad, sálese con gran priesa de su casa, sin saber a quién buscaba ni adonde le había de buscar. Y vase por las calles, y llegado a la plaza de San Marcos, halló a nuestro peregrino tendido en el suelo; y entendiendo que aquél era el que Dios le mandaba buscar, llévale aquella noche a su casa y trátale con mucho regalo y honra. De la cual queriendo él huir, se fue después a casa de un español, que se lo rogó. Era duque de Venecia en aquella sazón Andrea Gritti varón muy estimado en aquella república. Fue **nuestro** Ignacio a hablarle, y contóle **en su romance castellano** la suma de su deseo, y suplicóle que le mandase dar embarcación” (Vida I, X)

Con la expresión “romance castellano”, Cervantes nos conduce de nuevo al ya conocido fragmento, donde la información sobre Dios, con esas retóricas interrogaciones, resulta tan increíble como la leyenda del cuervo. Don Quijote ha dicho “por arte de encantamento”, expresión que se carga de ironía en el lenguaje profundo, al remitirnos a la no menos fantástica historia del hombre que, en una especie de trance o encantamiento, se levanta de la cama para buscar a Loyola.

“Pues en tiempo deste buen rey fue **instituida** aquella famosa **orden** de caballería de los caballeros de la Tabla Redonda, y pasaron, sin faltar un punto, los amores que allí se cuentan de don Lanzarote del Lago con la reina Ginebra, siendo medianera dellos y sabidora aquella tan honrada dueña Quintañoña, de donde nació aquel tan sabido romance, y tan decantado en nuestra España, de

Nunca fuera caballero
de damas tan bien servido
como fuera Lanzarote
cuando de Bretaña vino,

con aquel progreso tan dulce y tan suave de sus amorosos y fuertes fechos. Pues desde entonces de mano en mano fue aquella **orden** de caballería **estendiéndose** y **dilatándose por muchas y diversas partes del mundo**”

Nuevas leyendas que don Quijote va astutamente mezclando con referencias a la fundación y nacimiento de la Compañía, según se deduce del contenido y el vocabulario de la Vida

“La Bula Apostólica de la confirmación de la Compañía dice que es **instituida** principalmente para defensa y **dilatación** de nuestra santa fe católica [...] con grandísima sabiduría ordenó la divina providencia que se **instituyese** una nueva **orden** para defender principalmente nuestra santísima fe, cuyo instituto es socorrer y ayudar a los soldados valerosos de las otras santas religiones, que de día y de noche, con tanto esfuerzo y fruto pelean” (Vida II, XVIII)

“le dirigí a toda nuestra Compañía, que está **estendida** y **derramada casi por todas las naciones del mundo**” (Vida, Al cristiano lector)

Los paralelismos son evidentes

Vida

instituida...instituyese
dilatación
orden
estendida y derramada casi por
todas las naciones del mundo

Quijote

instituida
dilatándose
orden
estendiéndose y dilatándose por
muchas y diversas partes del mundo

El “progreso tan **dulce** y tan **suave** de sus **amorosos** y fuertes fechos” también parece aludir a otro fragmento tampoco exento de fantasía, donde Ribadeneyra describe un éxtasis en el que mezcla, en el mismo orden, todas esas sensaciones mencionadas por don Quijote

“Duró en este arrebatamiento o éxtasis hasta el sábado de la otra semana, en el cual día a la misma hora de Completas, estando muchos que tenían cuentas con él presentes, como quien de un sueño **dulce** y sabroso despierta, abrió los ojos, diciendo con voz **suave** y **amorosa**: - ¡ Ay, Jesús!” (Vida I, VII)

Los juegos de palabras permiten, pues, cierta conexión del discurso de don Quijote con la historia de Loyola, de quien de forma metafórica también podría decirse que no murió, sino que el auténtico, el del Relato, está encantado-secuestrado, y que algunos esperan recobrarlo en su integridad.

“Pues desde entonces, de mano en mano, fue aquella orden de caballería **estendiéndose y dilatándose por muchas y diversas partes del mundo**, y en ella fueron famosos y conocidos por sus fechos el valiente Amadís de Gaula, con todos sus hijos y nietos, hasta la quinta generación, y el valeroso Felixmarte de Hircania, y el nunca como se debe alabado Tirante el Blanco, y casi que **en nuestros días vimos** y comunicamos y oímos al invencible y valeroso caballero don Belianís de Grecia”

Se ha visto que la Compañía, desde que sus fundadores se ordenaron, fue estendiéndose y dilatándose por todo el mundo como una nueva orden con unos objetivos muy semejantes a quienes practican la orden de la caballería. La concentración de referentes formales de la Vida sigue siendo la clave de la doble lectura

“Hallaremos, pues, que en este tiempo la Santa Iglesia padecía gravísimas e irreparables calamidades, y que por una parte se iba menoscabando con las crueles y continuas persecuciones de infieles y herejes, y por otra que le descubría el Señor del cielo y de la tierra otro nuevo **mundo**, donde se **estendiese y dilatase** su fe” (Vida II, XVIII)

“Y en aceptando la Compañía la fundación de cualquier Colegio, se da aviso por toda ella, cuan **estendida** está **por todas las Provincias y partes del mundo**, para que cada Sacerdote de todos cuantos hay en ella diga tres Misas por el fundador” (Vida III, XXII)

Este repetido concepto de nacimiento y rápida expansión de la Compañía por todo el mundo está asociado a otra expresión, “en nuestros días”, también dicha por don Quijote

“Porque, ¿qué hombre cristiano y cuerdo hay que, **viendo en estos miserables tiempos** una obra tan señalada como esta de la mano de Dios, y una religión nueva, plantada en su Iglesia **en nuestros días** y **estendida** en tan breve tiempo, y **derramada casi por todas las provincias y tierras que calienta el sol**, no desee siquiera saber cómo se hizo esto?” (Vida, A los hermanos)

A continuación don Quijote menciona a unos cuantos caballeros andantes como representantes famosos de la orden de caballería que él también profesa. Son héroes de los que destaca su fama y valor (“valiente Amadís”, “valeroso Felixmarte” “alabado Tirante”), de la misma manera que Ribadeneyra ensalza a sus héroes religiosos

“Y este mismo año Dios nuestro Señor quebró la pierna al padre Ignacio en el castillo de Pamplona para sanarle, y de soldado desgarrado y vano hacerle su capitán y caudillo y defensor de su Iglesia contra Lutero. Esto es propio (**como he dicho**) de la providencia y consejo del Señor, socorrer y **ayudar** a la mayor necesidad y oponer a Simón Mago un **san Pedro**, príncipe de los Apóstoles y a Arrio un **Atanasio**, a Nestorio un **Cirilo**, a Joviniano, Vigilancio y Elvidio un

Gerónimo, a Manes y Pelagio un Augustino, y a otros herejes enemigos otros **valerosos** capitanes y defensores” (Vida II, XVIII)

“con grandísima sabiduría ordenó la divina providencia que se instituyese una nueva orden para defender principalmente nuestra santísima fe, cuyo instituto es socorrer y **ayudar** a los soldados **valerosos** de las otras santas religiones, que de día y de noche, con tanto esfuerzo y fruto pelean donde los hay, y donde no, salir ella con las armas en las manos al encuentro del común enemigo” (Vida II, XVIII)

Don Quijote también menciona a don Belianís de Grecia, al que sitúa casi en su época y califica de invencible y valeroso (“y casi que en nuestros días¹³ vimos y comunicamos y oímos al **invencible**¹⁴ y **valeroso**¹⁵ **caballero**¹⁶ don Belianís de Grecia”), todo atribuible a Loyola según la Vida.

Don Quijote concluye su exposición identificándose con sus héroes y ratificando su trabajo y el compromiso de su profesión

“Esto, pues, señores, es ser caballero andante, y la que he dicho es la orden de su caballería; en la cual, como otra vez he dicho, yo, aunque **pecador**, he hecho profesión, y lo mismo que profesaron los caballeros referidos profeso yo. Y así, me voy por estas soledades y despoblados buscando las aventuras, con ánimo deliberado de ofrecer mi brazo y mi persona a la más peligrosa que la suerte me deparare, en ayuda de los flacos y menesterosos”

Ningún detalle sobre la personalidad de Loyola parece escapársele a Cervantes, que en esta ocasión atribuye a don Quijote un nuevo rasgo de humildad (“aunque pecador”), también procedente de la Vida

“Lo cual, como nuestro Ignacio oyese, demudándose todo y perdiendo la voz, no se pudo contener de lágrimas, diciendo entre Sí: - Ay de ti, **pecador**, que aun no sabes ni puedes hacer bien a tu prójimo, sin hacerle daño y afrenta” (Vida I, IV)

“en una carta que yo he visto, escribe que nunca se juntó a tratar de las cosas de Dios con ninguno por pecador que fuese que no le pareciese que ganaba mucha de aquella comunicación, por tenerse sin duda por mayor pecador” (Vida V, III)

En estilo directo o indirecto, Loyola se reconoce pecador de la misma manera que lo hace don Quijote, del que ya hemos visto cómo profesó su caballería de forma paralela a como lo hiciera Loyola con su religión, yéndose en ambos casos por campos y despoblados “con **ánimo**¹⁷ deliberado de ofrecer mi brazo y mi persona a la más **peligrosa**¹⁸ que la suerte me deparare, en ayuda de los **flacos**¹⁹ y menesterosos”, igual que Loyola, según puede verse en las notas, se entrega a su causa con ese mismo ánimo de ayudar a los necesitados sin reparar en trabajos ni peligros.

¹³ “Más escribimos de un hombre que fue en nuestros días, y que conocieron y trataron muy particularmente muchos de los que hoy viven” (Vida, A los hermanos)

¹⁴ “Mas todas ellas no pudieron hacer mella en aquel **ánimo** determinado e **invencible** de Ignacio” (Vida I, X)

¹⁵ “procurando de aventajarse sobre todos sus iguales, y de alcanzar nombre de hombre **valeroso**, y honra y gloria militar” (Vida I, I)

¹⁶ “Confesóse enteramente de sus pecados la víspera de los gloriosos apóstoles san Pedro y san Pablo, y como **caballero** cristiano se armó de las verdaderas armas de los otros santos sacramentos” (Vida I, I)

¹⁷ “Mas todas ellas no pudieron hacer mella en aquel **ánimo** determinado e **invencible** de Ignacio” (Vida I, X)

¹⁸ “armándose con el pan de vida contra los grandes trabajos y dificultades de aquella su larga y peligrosa jornada” (Vida II, VII)

¹⁹ “era sin duda grande su caridad para con los enfermos, convalecientes y flacos” (Vida V, VIII)

Esta idea de entrega altruista a los necesitados, queda muy bien reflejada en uno de los fragmentos del capítulo núcleo, donde encontramos una sincronización simbólica entre lo que hacían en Venecia los fundadores de la Compañía y las lucubraciones de don Quijote

“Llegaron en fin a Venecia a 8 de Enero del año de 1537; y allí hallaron a su padre y maestro Ignacio que los aguardaba juntamente con el otro sacerdote que dijimos que se le había llegado, y con singular alegría se recibieron los unos a los otros. Mas porque aún no era buena sazón de ir a Roma a pedir la bendición del Papa para ir a Jerusalén, dando de mano a todas las otras cosas, determinaron de repartirse por los hospitales, y los cinco dellos se fueron al hospital de san Juan y san Pablo, y los otros cinco al hospital de los incurables. Aquí comenzaron a ejercitarse con singular caridad y diligencia en los más bajos y viles oficios que había, y a consolar y ayudar a los pobres en todo lo que tocaba a la salud de sus almas y de sus cuerpos, con tanto ejemplo de humildad y menosprecio del mundo, que daba a **todos los que** lo veían grande **admiración**”

Se repiten el término ejercitarse y la ayuda a los necesitados, y también la admiración que provoca en la gente tanto el comportamiento de los jesuitas como el de don Quijote pues, en cuanto termina su explicación, interviene el narrador para repetir una apreciación ya comentada con anterioridad sobre la opinión de sus interlocutores

“Por estas razones que dijo acabaron de enterarse los caminantes que era don Quijote falto de juicio y del género de locura que lo señoreaba, de lo cual recibieron la misma **admiración** que recibían **todos aquellos que** de nuevo venían en conocimiento della”

Don Quijote asume una vez más la representación colectiva del grupo de jesuitas que, según el párrafo anterior, provocaban la misma admiración (“daba a **todos los que** lo veían grande **admiración**”). Se repite no sólo el vocablo “**admiración**” sino la construcción de la frase “**todos los que**” – “**todos aquellos que...**” y su contenido. Pero a su vez, estos párrafos llevan implícita otra lectura alusiva a las intenciones manipuladoras de Ribadeneyra que, conociendo el rechazo y las burlas soportadas en muchas ocasiones por sus compañeros durante aquellos primeros años, lo traduce sólo como una sana admiración de quienes valoran el trabajo virtuoso de aquellos estafalarios y anacrónicos personajes repudiados por la Iglesia. Cervantes pone las cosas en su sitio, aclarando que la admiración hacia don Quijote, su singularidad, es entendida por los demás como locura, y que sólo la intención judicial, o el mero entretenimiento, explican el falso interés de sus interlocutores.

Se aprecia, además, en el lenguaje de don Quijote una evolución hacia el estilo de Ribadeneyra, con sus doble y triples adjetivos o verbos que hinchan innecesariamente su discurso: extendiéndose y dilatándose, muchas y diversas, famosos y conocidos, vimos y comunicamos y oímos, invencible y valeroso, soledades y despoblados, mi brazo y mi persona, o flacos y menesterosos.

“Y Vivaldo, que era persona muy discreta y de alegre condición, por pasar sin pesadumbre el poco camino que decían que les faltaba, al llegar a la sierra del entierro, quiso darle ocasión a que pasase más adelante con sus disparates. Y así, le dijo:

-Paréceme, señor caballero andante, que vuestra merced ha profesado una de las más estrechas²⁰ profesiones que hay en la tierra, y tengo para mí²¹ que aun la de los frailes cartujos no es tan estrecha.

²⁰ “Bueno es para mí (decía) el padecer, mas ¿qué será de los que ahora comienzan a entrar por la **estrecha** senda de la virtud?” (Vida II, III)

Vivaldo, bajo la apariencia de un sano interés, y ocultando, según el narrador, su temperamento guasón (“persona muy discreta y de alegre condición”), continúa sonsacando a don Quijote con astutos elogios para estimular su imaginación y su lengua. Por eso, y debido al profundo conocimiento del asunto, emplea por dos veces el término profesar, y asocia el comportamiento de don Quijote con “los frailes cartujos”, orden tan admirada por Loyola que él mismo recuerda su interés por profesar en ella

“Y echando sus cuentas, qué es lo que haría después que viniese de Jerusalem para que siempre viviese en penitencia, ofrecíasele meterse en la Cartuxa de Sevilla, sin decir quién era para que en menos le tuviesen y allí nunca comer sino yerbas. Mas quando otra vez tornaba a pensar en las penitencias, que andando por el mundo deseaba hacer, resfriábasele el deseo de la Cartuxa, temiendo que no pudiese exercitar el odio que contra sí tenía concebido. Todavía a un criado de casa, que iba a Burgos, mandó que se informase de la regla de la Cartuxa, y la información que de ella tuvo le pareció bien” (R,12)

De hecho, los jesuitas, según la Vida, sólo podían abandonar libremente la Compañía si entraban en la Cartuja

“Y no sólo los profesos y coadjutores formados, sino todos los demás que acabados los dos años de la probación hubieren hecho tres votos sustanciales aunque simples, si sin expresa licencia salieren de la Compañía, aunque sea con pretexto de mayor perfección, y de pasarse a cualquiera otra orden (si no fuera la de los cartujos), caen en las penas de apostasía y excomunió por decreto de la Silla apostólica, de las cuales no pueden ser absueltos sino del sumo pontífice, o del propósito general” (Vida III, XXIII)

No es raro, pues, que Vivaldo, trasunto del nuncio Veralo y, por lo tanto, concedor a fondo de estos detalles religiosos, haya ironizado con don Quijote sobre la severidad de su profesión, sólo comparable a la de los frailes cartujos, tal como la misma Compañía había, indirectamente, estipulado.

Vivaldo-Veralo sabe que, en sus inicios, don Quijote-Loyola buscaba profesar en una orden incluso más “estrecha” que la Cartuja, por eso su pregunta va dirigida a conocer esos detalles que hacen a la Compañía más rigurosa. Y a eso responde don Quijote con otro largo monólogo, cuya complejidad obliga a fragmentar.

“-Tan estrecha bien podía ser -respondió nuestro don Quijote-, pero tan necesaria en el mundo no estoy en dos dedos de ponello en duda. Porque, si va a decir verdad, no hace menos el **soldado** que pone en ejecución lo que su **capitán** le manda que el mismo **capitán** que se lo ordena”

Don Quijote acepta de entrada el rigor o estrechez de la orden de caballería, semejante en ello a la de los cartujos. En el paréntesis (“respondió **nuestro** don Quijote”), el narrador vuelve a utilizar la afectuosa fórmula (“nuestro Ignacio”, “nuestro padre” etc.) y don Quijote continúa explicando la necesidad de su profesión, paralela a la insistencia con que Ribadeneyra habla de la necesidad de la Compañía en el mundo, e introduce en su respuesta una reflexión sobre la importancia práctica que, en el cumplimiento de sus respectivas funciones, tienen los distintos rangos del ejército, en este caso el soldado y el capitán. Pero acto seguido remata esa primera explicación añadiendo

“Quiero decir que los religiosos, con toda paz y sosiego, piden al cielo el bien de la tierra; pero los soldados y caballeros ponemos en ejecución lo que ellos piden, defendiéndola con el valor de nuestros brazos y filos de nuestras espadas, no debajo de cubierta, sino al cielo abierto, puestos por blanco de los insufribles rayos del sol en verano y de los erizados yelos del invierno”

²¹ “**Y como yo tengo para mí**, Dios nuestro Señor inspiró y movió al mismo Padre a escribir distinta y compendiosamente todo lo que por espacio de los cuarenta días le aconteció” (Vida IV, II)

Sin más explicaciones, ha introducido el tópico debate sobre la analogía entre el estado religioso y el militar, permitiendo a su vez la correspondencia entre los dos rangos militares citados, soldado y capitán, y los distintos grados existentes dentro de las órdenes religiosas, también simplificados por Ribadeneyra en esos dos rangos de soldado y capitán.

“Imitando también en esto al Apostol S. Pablo, el cual dice que sí, que no le había enviado el Señor a bautizar, sino a predicar. No porque no fuese cosa santa y necesaria para la salvación de las ánimas el bautizar, pues lo es el bautismo, y puerta de todos los Sacramentos, sino porque había otros muchos que bautizasen, y no tantos que pudiesen predicar. Especialmente que no sirven menos en la guerra los espías, que los **soldados** que pelean, ni los ingenieros que minan las fuerzas de los enemigos, **menos** los que derribadas ya las murallas arremeten al asalto. Ni tiene **menor** parte en los despojos el **soldado** que queda a guardar el bagaje, que el que pelea y vence” (Vida III, XXII)

Se trata de un claro ejemplo paralelo a la reflexión de don Quijote sobre la importancia del trabajo de capitán y soldado, aquí sustituido por otros ejemplos, aunque utilizando el mismo esquema comparativo (“no hace menos el **soldado** que pone en ejecución lo que su capitán le manda”)

A ese ejemplo formal sobre rangos y funciones, conviene añadir otro de más profundo contenido, cuyo objetivo es ratificar la importancia de la obediencia, y donde se desarrolla ampliamente el contenido de la frase de don Quijote “no **hace** menos el soldado que pone en **ejecución** lo que su capitán le manda que el mismo capitán que se lo **ordena**”

“La obediencia imperfeta tiene ojos, mas por su mal, la obediencia perfeta es ciega; mas en esta ceguedad consiste la sabiduría, la una tiene juicio en lo que se le manda, y la otra no, aquélla se inclina más a una parte que a otra, ésta ni a una ni a otra; porque siempre está derecha como el fiel del peso, e igualmente aparejada para todas las cosas que le mandaren. La primera obedece con la otra y resiste con el corazón. La segunda **hace** lo que le **mandan**, y sujeta su juicio y voluntad y juicio de los superiores. Y así enseñaba él, que es imperfeta la obediencia que allende de la **ejecución** no tiene la voluntad y el juicio conforme al del superior; y que la obediencia que no tiene más que la **ejecución** exterior, no merece aun el nombre de obediencia; y que la que con la **ejecución** acompaña la voluntad, y **hace** que el obediente quiera lo mismo que el superior, aún no llega a ser perfeta, si no pasa adelante, y **hace** que no solamente quiera lo mismo, sino que sienta lo mismo que el superior, y juzgue que lo que él **manda** es bien mandado.

De manera, que fuera de la **ejecución** de la obra haya también conformidad de la voluntad y del juicio entre el que **manda** y el que obedece. Esta obediencia es entera y cumplida de todas sus partes, y excelentemente perfeta; por la cual cautivamos en cierta manera nuestro entendimiento al servicio divino, y tenemos por bueno todo lo que por nuestros superiores nos es **ordenado**; y ni buscamos razones para obedecer, ni seguimos las que se nos ofrecen; antes obedecemos por sola esta consideración, de pensar que lo que nos dicen es obediencia” (Vida V, IV)

Esta obediencia ciega, tan remachada por Ribadeneyra (no olvidar que el silencio sobre el Relato y sus daños colaterales fueron un asunto de obligado silencio), subyace en el discurso de don Quijote, donde vemos aparecer esos cuatro vocablos (mandar, hacer, ejecutar y ordenar) que son la esencia de ese fastidioso fragmento de la Vida.

Don Quijote compara el trabajo de los religiosos, rogando a Dios pacífica y sosegadamente por el bien de la tierra, con el de los caballeros andantes, que ejecutan lo que ellos piden, arriesgando sus vidas y sufriendo las inclemencias del cielo (“pero los soldados y caballeros ponemos en ejecución lo que ellos piden, defendiéndola con el valor de nuestros brazos y filos de nuestras espadas”). Ha especificado e igualado el trabajo de soldados y caballeros frente al de los religiosos, aunque realmente el discurso profundo está dirigido a clarificar el objetivo esencial de toda esta disertación, es decir, la diferencia existente entre órdenes como los cartujos y la Compañía, pues aunque los primeros llevan una vida muy rigurosa, no obstante viven siempre en un mismo sitio y bajo techo, mientras que los peregrinos, o caballeros andantes, como Loyola y sus seguidores, están expuestos a todo tipos de riesgos humanos y climáticos. Ribadeneyra insiste en esa diferencia entre órdenes que actúan en la retaguardia y la Compañía

“Las otras religiones las considero yo en este lucido ejército de la Iglesia militante, como unos escuadrones de hombres de armas, que tienen su cierto lugar y asiento, y con su fuerza pueden hacer rostro a sus enemigos, y guardar siempre su manera de proceder. Mas los nuestros son como caballos ligeros, que han de estar siempre a punto para acudir a los rebates de los enemigos, para acometer y retirarse, y andar siempre escaramuzando de una parte a otra”

Ya se ha visto que Loyola reúne todos esos requisitos mencionados por don Quijote (“**soldados** y caballeros ponemos en ejecución lo que ellos piden, **defendiéndola** con el **valor**²² de nuestros brazos”), pero además Ribadeneyra equipara la caballería andante con la Compañía

“Las religiones de **caballería** y militares envió Dios nuestro Señor a su Iglesia al tiempo que, por estar ella oprimida de sus enemigos, era menester **defenderla con las armas en las manos**, y lo mismo habemos de entender de las demás religiones sagradas, y particularmente de la Compañía, de que al presente tratamos” (Vida II, XVIII)

En general, Ribadeneyra llega a una casi total analogía entre lo militar y lo religioso, según puede verse en distintos fragmentos de la Vida.

“así también nosotros, habiendo recibido de la mano de Dios nuestro Señor a **nuestro** bienaventurado padre Ignacio por guía y maestro, y por caudillo y capitán desta milicia sagrada” (Vida I, I)

“el Señor de la vida le llamaba y convidaba a ella para hacelle caudillo de su sagrada milicia” (Vida I, II)

“para que los que por vocación divina entraren en esta Religión, entiendan que no son llamados a la orden de Ignacio, sino a la Compañía y sueldo del Hijo de Dios, Jesucristo nuestro Señor, y asentando debajo deste gran caudillo, sigan su estandarte [...] Y para que no se cansen ni desmayen en esta sagrada y gloriosa milicia, tengan por cierto y averiguado que su **capitán** está con ellos” (Vida II, XI)

“Y como rey de todos los reyes, poderosísimo y sapientísimo, tiene cuenta de fortalecer a su reino, que es la santa Iglesia católica, con plazas inexpugnables y fuerzas, baluartes y reparos, que son las sagradas religiones, y de poner en ellas **capitanes y soldados valerosos**” (Vida II, XVIII)

“al mismo tiempo envió Dios nuestro Señor de socorro, otro varón y **capitán** a su Iglesia” (Vida II, XVIII)

²² “Porque, ¿cómo un hombre sin letras, **soldado** y metido hasta los ojos en la vanidad del mundo, pudiera juntar gente y hacer compañía y fundar religión y extenderla en tan breve tiempo por todo el mundo con tanto espíritu, y gobernarla con tan grande prudencia y **defenderla** de tantos encuentros con tanto **valor** y con tanto fruto de la santa Iglesia [...]?” (Vida I, VII)

Don Quijote describe la mala vida errante de los caballeros (“defendiéndola con el valor de nuestros brazos y filos de nuestras espadas, no debajo de cubierta, sino al cielo abierto, puestos por blanco de los insufribles rayos del sol en verano y de los erizados yelos del **invierno**”), resaltando aspectos muy tratados en la Vida sobre el vivir cotidiano de Loyola y sus primeros compañeros

“Allí con los aires mal sanos, y con los calores recios del estío, comenzó a hallarse peor que solía” (Vida IV, XVI)

“Pero, al fin de la larga experiencia y un grave dolor de estómago que a menudo le salteaba, y la aspereza del tiempo, que era en medio del **invierno**” (Vida I, IX)

“El tiempo era (como suele) en el corazón del **invierno**, de grandes nieves y heladas” (Vida I, XII)

“Llovióles cada día por Francia, y atravesaron la alta Alemania en la mayor fuerza del **invierno**, que en aquella región setentrional era muy áspero y estremado de frío” (Vida II, VII)

En general, don Quijote está compendiando en su discurso sobre los caballeros la amplia información dada por Ribadeneyra sobre los rigores de los primeros jesuitas y otras peripecias.

Un poco más arriba se ha visto expuesta en la Vida la idea de las manos defensoras (“Las religiones de caballería y militares envió Dios nuestro Señor a su Iglesia al tiempo que, por estar ella oprimida de sus enemigos, era menester **defenderla con las armas en las manos**”) que don Quijote centra en los brazos (“**defendiéndola** con el valor de nuestros brazos y filos de **nuestras espadas**”). Incluso la defensa con espadas está presente en la Vida

“vinieron corriendo con sus espadas en las manos a **nuestra** casa para **defenderla** y ampararla, y resistir y refrenar con su presencia y con las armas, si fuese menester, el ímpetu y furor de la gente popular” (Vida IV, XIV)

El concepto militar de defensa es amplísimamente utilizado por Ribadeneyra, que propugna una defensa del catolicismo ante la herejía combatiendo real y simbólicamente contra “el enemigo”. Dicha lucha debe estar dirigida por los representantes de Dios, según don Quijote, los caballeros andantes

“Así que somos **ministros** de Dios en la tierra, y **brazos** por quien se ejecuta en ella su justicia”

Según Ribadeneyra

“Pues habemos llegado a este punto y visto la institución y confirmación de la Compañía creo que será acertado que escudriñemos algo del acuerdo e intento que Dios nuestro Señor tuvo en esta fundación y confirmación, y el consejo y particular providencia con que envió al padre Ignacio al mundo para que, como ministro fiel, sirviese a su Iglesia y le diese hijos y soldados que la defendiesen y amparasen. Para entender esto mejor, será razón que consideremos el estado en que ella estaba al tiempo que el padre nació y vivió, porque dél sacaremos la necesidad que había deste socorro divino y rastreadremos algo de los propósitos e intentos del Señor. El cual, como cuidadoso padre de familias a todos tiempos y a todas horas llama y envía obreros que labren y cultiven su viña, pero más cuando hay mayor necesidad. Y como Rey de todos los reyes, poderosísimo y sapientísimo, tiene cuenta de favorecer a su reino, que es la santa Iglesia Católica, con plazas inexpugnables y fuerzas, baluartes y reparos, que son las sagradas religiones, y de poner en ellas capitanes y soldados valerosos en presidio, para defensa y seguridad de todo el reino, y de bastecerlas y proveerlas de las armas, municiones, vituallas y pertrechos que son menester para que los

enemigos, que son las maldades, herejías y errores, no corran el campo sin resistencia, y hagan guerra sin temor a la verdad y a la virtud” (Vida II, XVIII)

Ribadeneyra explica en este párrafo los símbolos utilizados a lo largo de la obra y, más concretamente, en ese capítulo dedicado a la lucha contra la herejía. Son símbolos que don Quijote también va empleando con doble sentido, porque todas sus actuaciones son, en el fondo, siempre alegóricas.

“Y como las cosas de la guerra y las a ellas **tocantes** y **concernientes** no se pueden poner en ejecución sino sudando, afanando y trabajando, síguese que aquellos que la profesan tienen, sin duda, mayor trabajo que aquellos que en sosegada paz y reposo están rogando a Dios favorezca a los que poco pueden”

Don Quijote continúa ensalzando la labor de los caballeros por el trabajo y el riesgo que, frente a los religiosos encerrados, conlleva esa profesión. Y lo hace utilizando dos vocablos (“tocantes y concernientes”), de los cuales el segundo sólo aparece una vez en la Vida y en las mismas páginas, o dentro del mismo contexto en el que se cita dos veces “tocantes”, de forma que dichos vocablos cumplen la función de referentes de la segunda confirmación de las constituciones de la Compañía hecha por el Papa Gregorio XIII

“aprobamos y confirmamos el loable instituto de la dicha Compañía y todas las cosas sobredichas a él **tocantes** y los privilegios arriba dichos y todos los demás de la Compañía [...] mandamos que ninguno, de cualquier estado, grado y preeminencia que sea, se atreva de impugnar o contradecir directe o indirecte al instituto y constituciones de la dicha Compañía, ni estas letras presentes o cualquiera de los artículos que en ella se contienen, o cualquiera otra cosa **concerniente** a lo que hasta aquí se ha dicho, con ningún color de disputar o querer saber la verdad” (Vida III, XXIII)

La frase sobre las cosas de la guerra y la dificultad de ponerlas en marcha parece referida no sólo a la guerra contra la herejía sino a la guerra mantenida por la Compañía contra las demás órdenes para conseguir su asentamiento. El texto de Gregorio XIII ratificando la confirmación se hizo expresamente para eso pues, en muchos países, y especialmente en España, la misma Inquisición seguía atacando a la orden e ignorando las aprobaciones de los papas anteriores, por eso Loyola consiguió una nueva certificación tan expresa, amenazadora y determinante, para que nadie pudiera poner en duda su legitimidad.

El vocablo “tocante” conduce también a otro interesante fragmento de la Vida, donde queda muy clara la postura informativa de Ribadeneyra a cerca de las relaciones de Loyola con la Inquisición

“De aquí creo que nacía el respeto grande que tenía nuestro B. Padre al santo Oficio de la Inquisición, procurando en todas las cosas su autoridad **tan necesaria** para la defensa y conservación de nuestra santa fe católica; y por esta causa ninguna cosa que se le ofreciese **tocante** al santo Oficio, por más llana que fuese, y de más claridad y más fácil de alcanzar de los sumos pontífices, nunca quiso tratarla, sino remitirla al mismo tribunal, intercediendo con él para que se despachase por él lo que a la gloria de Dios nuestro Señor más convenía, como lo podría declarar con particulares ejemplos que dejo por guardar mi acostumbrada brevedad” (Vida V, X)

La intención de Ribadeneyra es, en todo caso, aparentar una inmejorable relación que no llegó a existir nunca pues, aunque Loyola mantuvo una posición de respeto, también sintió hacia el “santo Oficio” una constante desconfianza, e incluso temor y, según ya se vio en la introducción, sólo admitió cargos inquisitoriales en la Compañía cuando vio que era la única manera de frenar los ataques sistemáticos de la Inquisición contra ella.

Por eso, a quien realmente se refiere don Quijote en la enigmática frase del principio (“pero **tan necesaria** en el mundo no estoy en dos dedos de ponello en duda”) es a la Inquisición, pues él duda de su necesidad, igual que lo hace Loyola en su atrevida frase del Relato

“El pelegrino dice que harán lo que les es mandado. Mas no sé, dice, qué provecho hacen estas inquisiciones” (R, 59)

Volviendo al discurso de don Quijote, recordemos su opinión acerca de las cosas relativas a la guerra: “no se pueden poner en ejecución sino **sudando**, afanando y **trabajando**”, o sea, que instituir una orden dispuesta a luchar contra el acomodo de la Iglesia, requiere sudores y trabajos

“Y la Compañía con estas prendas queda más segura, y con menos temor y sospecha de perder sus trabajos, y las gentes sus limosnas, como se perderían si los que están en la Compañía, por no tener obligación ni voto, tuviesen libertad para dejarla, y volverse al siglo a su voluntad, después de haber estado muchos años en ella, habiendo alcanzado doctrina y crédito a costa de sus **sudores** y **trabajos**, y de las haciendas de sus bienhechores” (Vida III, XXII)

Por eso don Quijote continúa su explicación añadiendo: “síguese que aquellos que la **profesan** tienen, sin duda, mayor trabajo que aquellos que en **sosegada paz y reposo** están rogando a Dios favorezca a los que poco pueden”. A quienes profesan en la Compañía se les obliga, según Ribadeneyra, a un trabajo muy superior al de las demás religiones, pues sabemos que están obligados a viajar por el mundo etc., o sea, muy ajenos a la paz y sosiego de quienes hacen vida retirada en sus conventos

“Pero habiendo nosotros entendido de poco tiempo acá que algunos, aunque son obreros provechosos y celosos en la viña del Señor, algunas veces se afligen y fatigan pareciéndoles que no son religiosos porque no son **profesos**, y también que no faltan otros los cuales so color de religión, transfigurándose Satanás en ángel de luz, no solamente con esta ocasión andan ellos desasosegados en sí, pero también **desasosiegan** a los otros turbando su **paz** y vocación y procurando inquietarlos y apartarlos de lo que han comenzado, de lo cual podría esta religión tan provechosa recibir notables daños” (Vida III, XXIII)

Quienes se inician en la senda de la verdadera religión andan sin sosiego, sin paz e inquietos, o sea, sin reposo, tal como el propio Loyola, según Ribadeneyra, decía encontrarse

“- Socorredme, Señor, socorredme, Dios mío; dadme desde allá de lo alto la mano, Señor mío, defensor mío. En ti sólo espero, que ni en los hombres ni en otra criatura ninguna hallo **paz** ni **reposo**” (Vida I, VI)

En definitiva, don Quijote ha comparado el rigor de su orden de caballería con la más dura de las órdenes religiosas²³ existentes en su momento, y la ha ponderado tanto que, acto seguido, para no provocar posibles suspicacias en Veralo, matiza su opinión

²³ “Conforme a la costumbre muy usual en el Quijote, Cervantes aprovecha un encuentro casual de su héroe con cualquier personaje de la novela, para entablar diálogos sobre los asuntos más variados, y por boca de uno u otro exponer su propio modo de ver. Así ocurre con la entrevista entre don Quijote y don Vivaldo, en la que el caballero manchego sopesa los trabajos de los frailes y los de los caballeros andantes. De esta manera, el autor torna a recurrir a su medio literario preferido de manifestar su aguda crítica social contra las organizaciones existentes, envolviéndola en la comparación entre la durísima y difícilísima profesión de los caballeros andantes-soldados, y la fácil y holgada vida de los monjes. [...] En nuestro sentir, este parangón de las dos profesiones, en el que los religiosos llevan tan mala parte, tiene por objeto la crítica de la clase sacerdotal en general y su vida parasitaria. Es significativo que en toda la larga retahíla de razones alegadas por don Quijote, éste ni una vez usa la palabra “frailes” o “monjes” para designar a los clérigos de los monasterios, sino “religiosos”, lo que, a nuestro juicio, no es fortuito. Opinamos que por esta razón hay que entender aquí esta palabra en el sentido más amplio, comprendiendo por ella toda la clerecía, y no sólo la de los conventos. El hecho de que en el mismo

“**No quiero yo decir**, ni me pasa por pensamiento, que es tan buen estado el de caballero andante como el del encerrado religioso; sólo quiero inferir, por lo que yo padezco, que, sin **duda**, es más **trabajoso** y más aporreado, y más **hambriento y sediento, miserable, roto y piojoso**; porque no hay **duda** sino que los caballeros andantes pasados pasaron mucha malaventura en el discurso de su vida”

Ahora, don Quijote, trata de quitar importancia a su comparación, resaltando el valor del trabajo del “encerrado religioso”, y del resto de las órdenes aunque, en realidad, el objetivo es dar entrada a la respuesta de Loyola al papa cuando trató de convencerle sobre la negativa de la Compañía a aceptar cargos eclesiásticos

“Temo, dice, beatísimo Padre, que por este camino perdamos el fruto de todos los **trabajos** con que nuestra Compañía hasta hoy, por la misericordia de Dios, ha servido a su Iglesia. Porque, secándonos la pobreza y humildad, que son las raíces, ¿cómo no se secarán los frutos que en ella se sustentan? En grande peligro veo que nos ponen esta nueva planta; no querría que la codicia y ambición nos arranque todo lo que con la caridad y con el menosprecio del mundo hasta ahora ha crecido. **Quiero decir**, Padre santo, que algunos de los que sueltos de las cadenas del mundo se han acogido al puerto desta nuestra religión (que es hechura de vuestra Santidad) y que desean subir al cielo por los escalones de la pobreza y desprecio del mundo, por ventura volverán atrás, viendo que se les cierran los caminos para lo que buscan, y se les abren otros para lo que vienen huyendo del mundo. Y al revés, podría ser que hubiese otros, y no pocos, que picasen en este sabroso y dulce cebo, y deslumbrados y ciegos con el engañoso y aparente resplandor de las mitras y dignidades, viniesen a la Compañía, no por huir la vanidad del mundo, sino por buscar en ella al mismo mundo. Y tengo recelo que este obispado, no solamente nos haga perder a un Claudio Jayo, más que abra la puerta para que perdamos otros muchos en la Compañía, y que ella se venga a salir de sus quicios y a desgovernarse, y se eche a perder. Porque ¿quién **duda** que otros pretenderán luego seguir a Claudio, y hacer con su ejemplo lo que sin él no hicieron? **Yo no quiero** por esto, ni trato de condenar las dignidades y prelacías; ni tampoco repruebo los **religiosos, que santamente y con grande fruto de la santa Iglesia, usan destos honrosos cargos, y los administran**. Mas **quiero decir**, santísimo Padre, que hay muy grande diferencia de las otras religiones a la nuestra” (Vida III, XV)

Ribadeneyra vuelve a sacarse de la manga este larguísimo monólogo de Loyola ante el papa, del que, como mucho, podía conocer su contenido general, pero en absoluto nada de esa conversación entre comillas, cuyo estilo delata su autoría. Cervantes, irónico como siempre, le imita y también atribuye a don Quijote una síntesis paródica de esa falsa respuesta.

Vida	Quijote
trabajos	trabajoso
<u>En grande peligro</u>	<u>mucha malaventura</u>
Quiero decir...yo no quiero...quiero decir	No quiero yo decir
duda	duda
religiosos	religioso

pasaje llame a los caballeros andantes y no a los religiosos, ministros de Dios en la tierra, no hace más que corroborar nuestro parecer. De todos modos, los razonamientos del Ingenioso Hidalgo revelan la audacia e independencia de la concepción social de autor, que bajo una crudelísima dictadura absolutista y clerical osó dar preferencia a los soldados sobre el clero” El pensamiento social y político del Quijote, Ludovik Osterc, Universidad Nacional Autónoma de México, 1975, p. 194 y sgts.

Por un lado están los referentes expresos (Yo no quiero ...quiero decir / No quiero yo decir, etc.) y por otro, los irónico-burlescos, como ese “ni me pasa por pensamiento” con el que se alude no sólo a la conciencia escrupulosa de los jesuitas, sino a la falsedad que trasciende del lenguaje de la Vida, recargada de excusas delatorias de culpabilidad: no quiero ...ni trato de ... ni tampoco. Lo mismo ocurre con la suma de estados (trabajoso²⁴, aporreado, hambriento, sediento,²⁵ miserable²⁶, roto, piojoso) que, según Ribadeneyra, deben recorrer quienes “desean subir al cielo por los escalones de la pobreza y desprecio del mundo”

Burlescamente, Cervantes añade a todos esos estados los de aporreado y piojoso, el primero porque Loyola y sus compañeros lo padecieron, según se desprende del significado que dicho verbo tenía en su época: “Aporrearse es darse él a sí mismo de porrazos, derribándose a una parte y a otra, y golpeándose. Los perdigones quando nuevamente los encierran en la jaula suelen golpearse. Y de aquí tomaron una manera de hablar, que al que no se halla en alguna estrechez donde le han puesto y se congoxa, dizen que se aporrea en la jaula”²⁷. Aporrearse, pues, viene a ser algo así como agobiarse sin necesidad, o autoflagelarse, algo evidentemente muy común entre los escrupulosos practicantes de los ejercicios.

También Cervantes deduce, dada la pobre vida de los primeros jesuitas sin cambiarse de traje, durmiendo en pajares, etc., que en algunas ocasiones tendrían piojos. A eso puede añadirse otra información de Covarrubias: “Al que es muy malaventurado y escaso dezimos ser un piojoso”. Precisamente, don Quijote ha empleado una expresión parecida (“pasaron mucha mala ventura”) y otra (“en el discurso de su vida”) que aparece citada en un fragmento de la Vida donde el vocablo “roto” sirve como referente de un contenido paralelo

“andando **roto** y medio desnudo, y en los hospitales como pobre entre los pobres, menospreciado y abatido, y deseoso de no ser conocido ni estimado de nadie, y lleno de gozo cuando era afrentado y perseguido por amor de Jesucristo nuestro Redentor, como se ve en el discurso de su vida; y conforme a ella fue su doctrina” (Vida V, III)

Pero no olvidemos que don Quijote está hablando según su propia experiencia (“sólo quiero inferir, por lo que yo **padezco**”) y que utiliza un verbo en la misma persona y tiempo que lo hace Loyola en la Vida, y en estilo directo

“Señor gran fuerza **padezco**; respondió Vos por mí, que yo no puedo mas” (Vida I, VI)

La única forma de darle sentido y veracidad al monólogo de don Quijote sobre sus propias y duras experiencias como caballero andante, es apropiándose de la dura y sacrificada vida del Loyola peregrino, pues en la novela todavía no han transcurrido aventuras suficientes como para hablar de tantas necesidades y sinsabores. Sin embargo

²⁴ “muchas veces no le dejaban entrar en los pueblos, y algunas era tanta la **hambre** y flaqueza que padecía [...] en fin, como pudo, cayendo y levantando, llegó a Roma [...] imposibilitándole el camino por ser tan largo y **trabajoso** y en año de tanto peligro y lleno, de tantas dificultades [...] el santo propósito que había hecho de seguir una extremada pobreza en todas las cosas [...] En el camino de Roma a Venecia pasó grandes fatigas y muchas dificultades” (Vida I, X)

²⁵ “Si hallaban alguno deseoso de su aprovechamiento y **sediento** de las aguas vivas que matan la **sed** del alma, a este tal se comunicaban y le daban mayor parte, de lo que nuestro Señor a ellos les comunicaban” (Vida II, X)

²⁶ “¡O **miserable** pecador; o hombre desventurado: acuérdate de las maldades que has hecho y de las ofensas con que has atesorado la ira de Dios contra ti!. En convaleciendo un poco, luego se tomó a sus acostumbradas” (Vida I, IX)

²⁷ Covarrubias, o.c.

Loyola y otros santos anteriores a él (“caballeros andantes pasados”) sí “pasaron mucha mala ventura en el discurso de su vida”

“Y si algunos subieron a ser emperadores por el valor de su brazo, a fe que les costó buen porqué de su sangre y de su sudor, y que si a los que a tal **grado subieron** les faltaran encantadores y sabios que los **ayudaran**, que ellos quedaran bien defraudados de sus deseos y bien engañados de sus esperanzas”

Estas conclusiones finales de la respuesta a Veralo sobre el premio de llegar a ser emperadores que recibieron algunos caballeros andantes, aunque aparentemente son triunfalistas, están cargadas de desengaño, pues en general él viene a decir que, para llegar a ser emperador, no sólo hace falta haber mantenido una carrera heroica y sacrificada, sino además contar con el apoyo de “encantadores y sabios que los ayudaran”. O sea, que las obras, sin una ayuda externa, no son suficientes para alcanzar un reino. O, en el lenguaje profundo, que la santidad no se logra sin la ayuda de quienes determinan y aprueban esa subida de grado

“para que sus hijos siendo ejercitados por varias probaciones, y habiendo **subido de grado en grado** a lo más alto, nos **ayuden**, y dellos nos podamos servir en las empresas arduas y dificultosas” (Vida III, XXIII)

¿Son, pues, los emperadores trasunto de los santos? ¿se refiere la lectura profunda al apoyo divino, apariciones y revelaciones, o a la ayuda-manipulación que realizan los biógrafos para acomodar sus vidas a las exigencias de los santificadores?. El tono desengañado de la última frase (“ellos quedaran bien defraudados de sus deseos y bien engañados de sus esperanzas”) parece sugerir la desilusión de Loyola-Quijote al conocer los tejemanejes y maquillajes hechos sobre su biografía para poder conseguir la santidad. ¿No hubiera quedado Loyola desengañado al ver que sus memorias habían sido censuradas y manipuladas pocos años después de su muerte por sus propios compañeros?

La Vida es, por consejo del Sabio, un trabajo laudatorio y falso con objetivo de santidad, tal como el mismo Ribadeneyra expone en sus páginas primeras

“De los vivos diremos poco; de los muertos algo más, conforme a lo que el Sabio nos amonesta, que no alabemos a nadie antes de su muerte dando a entender (como dice San Ambrosio) que le alabemos después de sus días y le ensalcemos después de su acabamiento” (Vida, A los hermanos)

Además de todos esos paralelismo ya comentados entre la respuesta de don Quijote y diversos aspecto de la Vida, hay también unas cuantas expresiones en el monólogo que se repiten en la Vida. ¿Por casualidad? ¿o porque Cervantes abre el libro al azar y copia? ¿o porque de tanto manejarlo hay giros y expresiones que han pasado a ser inconscientemente suyas?. La intención de Cervantes es que don Quijote hable lo más parecido posible a Loyola, de ahí que recurra constantemente a las expresiones que se le adjudican en la Vida.

-“ **Porque, si va a decir verdad**, no hace menos el soldado”

“volvióse al ministro, y díjole: “Paso, padre, paso, no os enojeis; **porque si va a decir verdad**, yo creo que ese hermano” (Vida V, X)

-“Quiero decir que los religiosos, con toda **paz y sosiego**, piden al cielo el bien de la tierra”

“en todas ellas descubría una **paz y sosiego** de ánimo, y un tranquilísimo estado de seguro y desapasionado corazón” (Vida V, V)

-“Y como **las cosas de la guerra** y las a ellas tocantes y concernientes”

“Todas las cosas (dice) en vos, hermano mío, son grandes, el ingenio, el juicio, el ánimo, la nobleza y favor y cabida con los príncipes, la buena voluntad que os

tiene toda esta comarca, el uso y experiencia de **las cosas de la guerra**” (Vida I, III)

-“**porque no hay duda sino que** los caballeros andantes pasados pasaron mucha malaventura **en el discurso de su vida**”

“**Porque no hay duda sino que** el gobierno donde hay un solo Príncipe, y una sola cabeza, de la cual dependen todas las demás, es el mejor de todos” (Vida III, XXII)

“como se vee **en el discurso de su vida**” (Vida V, III)

Cuando don Quijote menciona las inclemencias y el hambre que sufren los caballeros andando por caminos y despoblados, está en general parodiando el capítulo núcleo, donde Ribadeneira se recrea en los trabajos y fatigas de los primeros jesuitas camino de Venecia. Allí sufrieron el “peligro de la guerra”, “grandes trabajos y dificultades de aquella su larga y peligrosa jornada”, lluvias del invierno “áspero y extremado de frío”, y otros muchos “peligros que en semejantes caminos (mayormente a los pobres y extranjeros) suelen suceder”, “comiendo sólo pan y bebiendo sola agua”

La estimación de la orden de caballería por encima de todas las demás, incluidas las religiosas, será una constante en la obra y un motivo de disputas entre don Quijote y muchos de sus interlocutores, pues él la define como la suma de los rigores y sacrificios de los cartujos más el valor, esfuerzo y riesgo de los soldados, una apreciación muy ajustada al criterio con que nació la Compañía, heredera del idealismo de los libros de caballerías y de santos, y de una ascética rigurosa regida con criterios paramilitares.

Ribadeneira transmitió exageradamente a la Compañía un militarismo latente en ciertos aspectos en la obra escrita de Loyola, siempre identificado como el soldado de Cristo. Por eso la idea de conquista y de empresa sacrosanta al estilo de las cruzadas, forma parte esencial del Quijote a medida que avanza (y en consonancia con la importancia progresiva que toma entre los jesuitas), pues el caballero andante se va atribuyendo el hacer y la filosofía del Loyola peregrino, consiguiendo, igual que la primera Compañía, dar la imagen de un ejército divino cuyo fin es la acción, la conquista espiritual antes que la contemplación ociosa.

En definitiva, todo el monólogo de don Quijote ensalzando la orden de caballería es una parodia encubierta del constante discurso del libro de Ribadeneira haciendo una valoración desmedida de los orígenes de la Compañía, utilizando siempre un lenguaje pseudo militarizante semejante al de don Quijote, que al mencionar al soldado, al capitán o a los caballeros, lo único que hace es acomodar un poco ese tipo de frases al lenguaje característico de los libros de caballerías.

En la continuación del diálogo, Vivaldo, ahora denominado “el caminante”, plantea a don Quijote una cuestión que podría considerarse casi teológica, y cuya razón de ser procede, o bien de la costumbre de los jesuitas de razonar por el camino “de cosas divinas y espirituales”, o bien de la voluntad del papa, que les “mandó que aquel mismo día disputasen delante dél una cuestión de teología que se les propuso”. El caso es que entre don Quijote y el caminante se entabla un largo diálogo aparentemente sobre el amor, pero de claro trasfondo religioso

“-De ese parecer estoy yo -replicó el caminante-; pero una cosa, entre otras muchas, me parece muy mal de los caballeros andantes, y es que, cuando se ven en ocasión de acometer una grande y peligrosa aventura, en que se vee manifiesto peligro de perder la vida, nunca en aquel instante de acometella se acuerdan de encomendarse a Dios, como cada cristiano está obligado a hacer en peligros semejantes; antes se encomiendan a sus damas, con tanta gana y

devoción como si ellas fueran su Dios: cosa que me parece que huele algo a gentilidad”

Es evidente que Vivaldo, para pasar el tiempo, se está burlando de don Quijote, pues pretende liarle, crearle un problema de conciencia cuando, en el lenguaje externo, él ya conoce su locura. También Vivaldo conocía a Loyola y sabía su historia y sus pretensiones y, a pesar de eso, no dudó en interrogarlo y seguirle un proceso como si fuera un peligro. Por eso las preguntas de Vivaldo son lo suficientemente ambiguas como para permitir la doble lectura, y su lenguaje está casi siempre construido a base de retazos de la Vida (“cuando se ven en ocasión de **acometer una grande y peligrosa** aventura, en que se ve **manifiesto peligro de perder la vida**”)

“Y, cierto, mirando bien lo que Ignacio era y lo que hizo, no podemos dejar de confesar que fue menester particularísimo y singular socorro del cielo para **acometer una** empresa tan **grande** y salir con ella, pues fuerzas naturales ni industria humana no bastaban” (Vida I, VII)

“decían cada día misa, y los otros seis recibían el santísimo Sacramento del cuerpo de nuestro Señor, armándose con el pan de vida contra los **grandes** trabajos y dificultades de aquella su larga y **peligrosa** jornada” (Vida II, VII)

“y diciéndole el médico que, si se embarcaba aquel día, ponía en **manifiesto peligro su vida**, como él era guiado y regido interiormente por otro divino médico, ese mismo día, con la purga, en el cuerpo, se embarcó” (Vida I, XI)

“riñéndole ásperamente y amenazándole porque se había metido en tan **manifiesto peligro**” (Vida I, XII)

“Querían muchos de sus amigos y devotos, desviar al padre Francisco desta jornada, tan llena de **manifiestos peligros de la vida** [...] que no dudaba muchas veces de entrar en la mar con tiempos contrarios, ni de **acometer** cosas en que había **manifiestos peligros** de muerte de los cuales Dios nuestro Señor milagrosamente le libró” (Vida IV, VII)

Tanto los caballeros andantes, según Vivaldo, como los jesuitas, según Ribadeneyra, arriesgaban sus vidas en empresas muy peligrosas y, antes de iniciarlas, se encomendaban a sus señoras: “nunca en aquel instante de acometella se acuerdan de encomendarse a Dios, como cada cristiano está obligado a hacer en peligros semejantes; antes se **encomiendan** a sus **damas**, con tanta gana y **devoción** como si ellas fueran su Dios”

Con esta burlona cuestión de metafísica caballeresca, Vivaldo está subrepticamente planteando una no menos irónica diatriba escolástica sobre Dios y la Virgen, es decir, sobre la necesidad del papel de ésta como medianera entre Dios y las personas.

“se hallaba ya mucho más alentado y animado para **resistir y batallar**, poniéndose todo debajo del **amparo** y protección de la serenísima Reina de los Ángeles, virgen y madre de la puridad, hizo voto de castidad en este camino y ofreció a Cristo nuestro Señor y a su santísima Madre la limpieza de su cuerpo y ánima, con grande **devoción** y deseo fervoroso de alcanzarla, y alcanzóla tan entera y cumplida, como queda escrito en el segundo capítulo. Tan poderosa es la mano de Dios para socorrer a los que con fervor de espíritu se le **encomiendan, tomando por abogada y medianera a su benditísima Madre**” (Vida I, III)

Aparecen en ese fragmento casi todos los ingredientes señalados por Vivaldo: el momento peligroso (“batallar”), el acto de encomendarse (“poniéndose todo debajo del amparo”) y la gana o devoción (“grande devoción”) con que se realiza.

En general la última intervención de Vivaldo está, pues, cargada de ironía y humor tanto en el lenguaje externo como en el interno, ambos sutilmente relacionados y generando múltiples interpretaciones y variantes.

“-Señor -respondió don Quijote-, eso no puede ser menos en **ninguna** manera, y caería en mal caso el caballero andante que otra cosa hiciese; que ya está en uso y costumbre en la caballería andantesca que el caballero andante que al acometer algún gran fecho de armas tuviese su señora delante vuelva a ella **los ojos blanda y amorosamente**, como que le pide con ellos le favorezca y ampare en el dudoso trance que acomete; y aun si nadie le oye, está obligado a **decir** algunas palabras entre dientes, en que de todo corazón se le encomiende; y **desto tenemos innumerables ejemplos en las historias**. Y no se ha de entender por esto que han de dejar de encomendarse a Dios; que tiempo y lugar les queda para hacerlo en el discurso de la obra”

La respuesta es de nuevo ambigua, hecha a base de referencias al amor caballeresco y al estilo de la Vida, donde encontramos un fragmento en el que Loyola, estando en éxtasis, vuelve en sí

“Duró en este arrebatamiento o éxtasis hasta el sábado de la otra semana, en el cual día a la misma hora de Completas, estando muchos que tenían cuentas con él presentes, como quien de un sueño dulce y sabroso despierta, abrió **los ojos, diciendo** con voz suave y **amorosa**: - ¡Ay, Jesús! – **Desto tenemos** por autores a los mismos que fueron dello testigos, porque el mismo santo padre que yo sepa, nunca lo **dijo** a **ninguna**, antes con humilde y grave silencio siempre tuvo encubierta esta tan señalada visitación del Señor” (Vida I, VII)

El ambiente y el estilo melifluido y sensiblero de este fragmento es muy parecido al de la respuesta de don Quijote, como indican los muchos referentes verbales y de contenido.

Vida

los ojos

diciendo

amorosa

con voz suave

Desto tenemos

ninguna

autores...testigos

¡Ay, Jesús!...siempre tuvo encubierta

Quijote

los ojos

decir

amorosamente

blanda

desto tenemos

ninguna

si nadie le oye

palabras entre dientes

Donde Ribadeneyra dice “suave y amorosa”, don Quijote dice “blanda y amorosamente”. Además se repiten “los ojos”, como detalle más significativo de esa postura contemplativa y de arrobamiento descrita en los dos textos. Ribadeneyra lo dice expresamente: “arrebatamiento o éxtasis” y don Quijote extensamente (“tuviese su señora delante vuelva a ella los ojos blanda y amorosamente, como que le pide con ellos le favorezca y ampare en el dudoso trance que acomete”) pero con el mismo sentido de plegaria, pues la petición se hace con los ojos, o sea, como quien reza.

A un segundo aspecto de esos mismos fragmentos conduce en ambos casos la expresión “desto tenemos”. Según Ribadeneyra todavía viven, en el momento en que él escribe, las personas que contemplaron la visitación narrada y añade que, gracias a ellos, se tuvieron noticias, pues Loyola, por humildad, nunca lo dijo. Don Quijote viene a decir lo mismo, ya que según él, los caballeros no hablan, sino que hacen como que le piden favor y amparo a sus señoras, pero deben decir algo, aunque sea entredientes, para, se supone, que los demás les oigan, como hace Loyola cuando, medio muerto, dice suavemente: “¡Ay, Jesús”

De lo contado por don Quijote tenemos, según él, “innumerables ejemplos en las historias”, otra frase cuyo interés principal es volver a imitar la Vida, donde se repite muchas veces esa misma idea del ejemplo, especialmente en la siguiente ocasión

“conforme a esto leemos otros ejemplos en las historias sagradas, en honra y alabanza de los santos” (Vida V, VI)

La frase de Cervantes no sólo imita la expresión subrayada, sino que podemos ver otros aspectos sutilmente encubiertos, como el “innumerables” que sustituye al “otros”, o el mismo tiempo y persona en el verbo (tenemos/leemos) o esa falta de especificación de don Quijote respecto al tipo de historias, dejando entender, lógicamente, que se refiere a las historias de caballerías, pero tomando ahora ese silencio el mismo sentido que posee en la Vida, pues es allí y en otras historias sagradas donde abundan ese tipo de visitaciones celestiales solapadamente referidas.

El final de la respuesta de don Quijote vuelve a enlazar con la pregunta de Vivaldo pues, una vez justificado el hecho de que los caballeros andantes se encomiendan a sus damas antes de entrar en batalla, ahora remata su intervención diciendo que, no obstante, siempre hay tiempo para dirigirse a Dios: “Y no se ha de entender por esto que han de dejar de encomendarse a Dios; que tiempo y lugar les queda para hacerlo en el discurso de la obra”. Otra referencia a la Vida, donde ya hemos visto que Loyola, en una ocasión, se encomienda a su dama y, en otras, a la Virgen, aunque siempre él y sus compañeros se encomiendan fervorosamente a Dios

“Llególe la enfermedad hasta el último **trance** de la vida, y aparejándose ya para la muerte y encomendándose a Dios de corazón” (Vida I, IX)

A todo esto, falta añadir las referencias a los distintos vocablos, la mayoría ya rastreados, utilizados por don Quijote en su respuesta, desde los verbos acometer o encomendarse, tan presentes en este capítulo, hasta los vocablos favor, trance o amparo

-“favorezca y ampare en el dudoso **trance** que acomete”

“Cuanto con mayor provecho la venerable Compañía de Jesús, se ejercita en cultivar la viña del Señor, y procura tener más obreros dignos de eterna retribución, tanto nosotros con mayor cuidado procuramos de favorecerla y ampararla, y a todos los Religiosos que ella cría” (Vida III, XXII)

- “de todo corazón se le encomiende”

“En este tiempo, con todas las fuerzas de su ánima y de todo corazón se empleaba en contemplar las cosas divinas de día y de noche, suplicando humildemente a la gloriosa Virgen y Madre de Dios” (Vida II, XI)

Precisamente en este último fragmento vuelve a aparecer la idea de encomendarse a la Señora, que ha sido el núcleo de la respuesta, de forma que Cervantes utiliza ese referente del corazón para que podamos descubrir los distintos casos en que Loyola se encomienda a la Virgen.

Pero además, la anterior respuesta de don Quijote, mantiene una profunda relación con otro fragmento de la Vida de gran trascendencia para la historia de la Compañía. De él hace Cervantes una exhaustiva imitación, tal como prueban las muchas negritas y subrayados existentes en ambos textos ((alineal en dos columnas paralelas***)

“-Señor -respondió don Quijote-, eso no puede ser menos en ninguna **manera**, y caería en mal caso el caballero andante que otra **cosa** hiciese; que ya está en uso y costumbre en la caballería andantesca que el caballero andante que al acometer algún gran fecho de armas tuviese su señora delante vuelva a ella los ojos blanda y amorosamente, como que le pide con ellos le favorezca y ampare en el dudoso trance que acomete; y aun si nadie le oye, está obligado a decir algunas palabras entre dientes, en que de todo **corazón se le encomiende**; y desto tenemos innumerables ejemplos en las historias. Y no se ha de entender

por esto que han de dejar de **encomendarse** a **Dios**; que tiempo y lugar les **queda** para hacerlo en el discurso de la obra” ///

(Segunda columna ***)

“Estando en el mayor ardor de su fervorosa oración, allí fue como trocado su **corazón**, y **los ojos** de su alma fueron con una resplandeciente luz tan esclarecidos, que claramente vio cómo **Dios** Padre, **volviéndose a** su unigénito Hijo, que traía la cruz auestas, con grandísimo y entrañable amor **le encomendaba** a Él y a sus compañeros, y los entregaba a su poderosa diestra, para que en ella tuviesen todo su patrocinio y **amparo**. Y habiéndolos el benignísimo Jesús acogido, se **volvió a** Ignacio, así como estaba con la cruz, y con un **blando y amoroso** semblante le dice: Ego vobis Romae propitius ero. Yo os seré en Roma propicio y **favorable**. Maravillosa fue la consolación y el esfuerzo con que **quedó** animado nuestro Padre de esta divina revelación. Acabada su oración dice a Fabro y a Laínez: -Hermanos míos, qué **cosa** disponga **Dios** de nosotros yo no lo sé, si quiere que muramos en cruz o descoyuntados en una rueda o de otra **manera**; mas de una **cosa** estoy cierto, que de cualquier **manera** que ello sea, tendremos a Jesu Cristo propicio -. Y con esto les cuenta lo que había visto, para más animarlos y apercebirlos para los trabajos que habían de padecer” (Vida II, XI)

Jesús, con semblante blando y amoroso, se vuelve a Ignacio y le habla, dándole a él y a sus compañeros un gran ánimo “para los trabajos que habían de padecer”. Según don Quijote, los caballeros vuelven los ojos, blanda y amorosamente, a sus señoras para que les ayuden “en el dudoso trance”, es decir, ante los peligros, etc.

Vida
corazón
los ojos
Dios
volviéndose a...volvió a
le encomendaba
amparo
blando y amoroso
favorable
quedó
cosa
manera

Quijote
corazón
los ojos
Dios
vuelva a
le encomiende
ampare
blanda y amorosamente
favorezca
queda
cosa
manera

¿Por qué razón se centra Cervantes tan exhaustivamente en ese fragmento?. La idea parece ser avanzar en el libro recreándose en los sucesos más significativos, en este caso el momento en que Loyola escoge el nombre de “Compañía de Jesús”, o sea, la época previa al asentamiento definitivo de la institución en Roma. Eso ocurrió antes de la muerte de Fabro (Grisóstomo) y, por lo tanto, este es el lugar en el que cronológicamente corresponde su recreación. Por su puesto la única fuente existente del milagroso suceso es la Vida, de ahí que don Quijote señale con ironía que “tenemos innumerables ejemplos en las historias”, es decir, milagros de ese tipo abundan en los libros religiosos.

“-Con todo eso -replicó el caminante-, me queda un escrúpulo, y es que muchas veces he leído que se traban palabras entre dos andantes caballeros, y, de una en otra, se les viene a encender la cólera, y a volver los caballos y tomar una buena pieza del campo, y luego, sin más ni más, a todo el correr dellos, se vuelven a encontrar; y en mitad de la corrida se **encomiendan** a sus damas; y lo que suele suceder del encuentro es que el uno cae por las ancas del caballo, pasado con la

lanza del contrario de parte a parte, y al otro le viene también que, a no tenerse a las crines del suyo, no pudiera dejar de venir al suelo. Y no sé yo cómo el muerto tuvo lugar para **encomendarse** a Dios en el discurso de esta tan acelerada obra. Mejor fuera que las palabras que en la carrera gastó **encomendándose** a su dama las gastara en lo que debía y estaba obligado como cristiano. Cuanto más, que yo tengo para mí que no todos los caballeros andantes tienen damas a quien **encomendarse**, porque no todos son enamorados.”

Uno de los problemas más asociados al Loyola peregrino es el escrúpulo, “Duda o recelo que punza la conciencia sobre si una cosa es o no cierta, si es buena o mala, si obliga o no obliga; lo que trae inquieto y desasosegado el ánimo”²⁸. Como de esta devota definición se deduce, se trata de un problema subjetivo e intelectual cuya dimensión depende de cada persona. Recordemos que el cambio de vida militar a la religiosa se produjo en Loyola prácticamente en dos meses y cuando ya tenía treinta años, o sea, que toda su adolescencia y juventud había transcurrido dentro de la milicia. Recordemos que, a ciencia cierta, se sabe muy poco sobre estos años, aunque se especula sobre una vida bastante licenciosa, incluso hay quien llega a achacar a él y a sus hermanos un asesinato. Pero de repente, la herida en la pierna, las operaciones a punto de muerte, el libro de los santos y dos meses para reflexionar provocan ese cambio tan radical que ha sido constantemente comparado con la conversión de Pablo de Tarso. Y a partir de ahí, el nacimiento de los escrúpulos, pues por más que confesaba sus pecados, Loyola nunca creía tener limpia su conciencia. Tanto en el Relato como en la Vida o en el libro de los Ejercicios espirituales, los escrúpulos están ampliamente tratados, llegando incluso a ser el objetivo central de algunos capítulos. Recordemos un solo ejemplo

“Pero entre estas cosas le vino un nuevo linaje de tormento, que fue comenzarle a acosar los **escrúpulos** y la conciencia de sus pecados, de manera que se le pasaban las noches y días llorando con amargura, lleno siempre de congoja y quebranto” (Vida I, VI)

Pues bien, cuando Vivaldo dice “me queda un escrúpulo” está, aparentemente, refiriéndose a lo que se entendía por tal en su época: “duda que tenemos de alguna cosa, si es así o no es así; y esto nos trae inquietos y desasossegados, hasta que nos satisfacemos y enteramos de lo que es, y particularmente en materia de conciencia”²⁹. A Vivaldo le queda un escrúpulo, una simple duda, aunque en el fondo lo que está sugiriendo es la dramatización del concepto a través de la revalorización jesuítica, es decir, el paso de ese simple “si es así o no es así” a esa angustiosa primera acepción de la R.A.E., “Duda o recelo que punza la conciencia”

El mismo Vivaldo, con el resto de su sagaz intervención, nos lo explicará, pues su escrúpulo “es que muchas veces he leído que se **traban palabras** entre dos andantes caballeros, **y, de una en otra**, se les **viene** a encender la cólera”, o sea, que dos caballeros se ponen a hablar y se enojan, tal como le ocurrió a Loyola en los primeros momentos de su conversión cuando se encontró, como ya vimos en el capítulo 4, con el moro que no creía en la virginidad de María tras su parto. Los referentes son claros

“Iba, pues, nuestro Ignacio su camino, como dijimos, hacia Monserrate, y topó a caso con un moro, de los que en aquel tiempo aún quedaban en España, en los reinos de Valencia y Aragón Comenzaron a andar juntos y a **trabar plática, y de una en otra vinieron** a tratar de la virginidad y pureza de la gloriosísima Virgen nuestra Señora” (Vida I, III)

²⁸ Diccionario R.A.E., o.c.

²⁹ Covarrubias, o.c.

Dosificando sabiamente los vocablos y la acción, Cervantes hace creer que en todo momento Vivaldo está refiriéndose al típico torneo entre caballeros andantes propio de los libros de caballerías, pero la utilización del inusual verbo trabar y la expresión “y, de una en otra” más el verbo venir, todo presente en el texto sobre el moro, nos obliga a asociar el concepto de escrúpulo con dicho episodio. Incluso la concreción “dos andantes” se ajusta exactamente al texto de la Vida, pues tanto Loyola como el moro van caminando.

Vida

Comenzaron a **andar** juntos
trabar plática
y de una en otra vinieron

Quijote

dos **andantes** caballeros
traban palabras
y, de una en otra, se les viene

Donde Ribadeneira dice “trabar plática”, Cervantes pone “traban palabras”, o sea, en ambos casos se describe el inicio de una conversación que va a dar lugar a un encontronazo, ya que a los caballeros “se les viene a encender la cólera”. Con ello Cervantes aporta un nuevo dato a su interpretación del episodio real pues, según él, Loyola perdió la razón y fue dominado por la ira, una pasión pecaminosa que bien podía despertarle un posterior escrúpulo que Vivaldo-Veralo, en su interrogatorio, no duda en echárselo en cara. No obstante, también en este caso, Cervantes lo único que hace es seguir a Ribadeneira, que atribuye a Loyola un temperamento colérico aplacado con el tiempo

“Y había llegado a tal punto, que con ser muy cálido de complexión y muy **colérico**, viendo los médicos la lenidad y blandura maravillosa que en sus palabras y en sus obras usaba, les parecía que era de complexión flemático y frío; mas habiendo vencido de todo punto con la virtud y espíritu lo que en el interior afecto era vicioso de la **cólera**, se quedaba con el vigor y brío que ella suele dar, y que era menester para la ejecución de las cosas que trataba” (Vida V, V)

El resto de la descripción del torneo hecha por Vivaldo se ajusta a los cánones de los libros de caballerías, y su objetivo parece ser, como siempre, relajar la tensión paródica y aplicar una buena dosis de barniz caballeresco que encubra la trama interna. No obstante, Vivaldo parece no tener interés en que don Quijote responda sobre la cuestión del escrúpulo, ya que antes de acabar, y sin esperar respuesta, dirige la conversación hacia un nuevo tema, el de los caballeros que no tienen damas a las que encomendarse, con lo que muy subrepticamente parece aludir al mismo asunto del principio de su intervención, es decir, al tema de la Virgen, ahora vuelto a tratar pero desde la perspectiva de la herejía luterana, o sea, sacerdotes y monjes que no creen en ella, que no tienen dama a la que encomendarse

“-Eso no puede ser -respondió don Quijote-: digo que no puede ser que haya caballero andante sin dama, porque tan propio y tan natural les es a los **tales** ser enamorados como al cielo tener estrellas, y a buen seguro que no se haya visto historia donde se halle caballero andante sin amores; y por el mismo caso que estuviese sin ellos, no sería tenido por **legítimo** caballero, sino por bastardo, y que entró en la fortaleza de la caballería dicha, no por **la puerta**, sino por las bardas, como salteador y **ladrón**”

Esta contundente respuesta de don Quijote viene a reforzar la sospecha levantada por la pregunta de Vivaldo, pues aparecen en dicha contestación unos cuantos vocablos muy presentes en el capítulo de la Vida dedicado a la difamación de la herejía luterana y sus seguidores.

Don Quijote niega que puedan existir caballeros sin damas, lo que en lenguaje profundo viene a ser una defensa ante Veralo de las múltiples sospechas de herejía

levantadas contra Loyola. Por eso, para defenderse, utiliza el lenguaje que Ribadeneyra emplea contra los herejes

“Entre esta gente hubo muchos oficiales y hombres viles y desorejados y castigados por **ladrones**, facinerosos e infames por justicia, en fin la escoria y horrura de toda la república, los cuales se hicieron predicadores deste nuevo Evangelio, que siendo tal no podía tener otros predicadores sino **tales** como ellos” (Vida II, XVIII)

Don Quijote, como católico y cristiano, no puede creer que existan caballeros no enamorados, y en el caso de que los hubiera, habrían entrado “no por **la puerta**, sino por las bardas, como salteador y ladrón”. Por una parte, los insulta como Ribadeneyra y, además, añade que la única manera de ser caballero es entrando por la puerta, otra metáfora procedente de la Vida

“En este tiempo, con todas las fuerzas de su ánima y de todo corazón se empleaba en contemplar las cosas divinas de día y de noche, suplicando humildemente a la gloriosa Virgen y Madre de Dios que ella le pusiese con su Hijo. Y que, pues era **puerta** del cielo y singular medianera entre los hombres y Dios, le abriese **la puerta** y le diese entrada para su preciosísimo hijo” (Vida II, XI)

Según Ribadeneyra, la forma de llegar a Dios es a través de la intervención de la Virgen, que viene a ser como la puerta natural, la única forma de acceso. Así que quienes no crean en Ella, difícilmente podrán entrar.

Caso de que existieran esos caballeros sin amores, dice don Quijote, no sólo serían considerados ladrones y salteadores, sino ilegítimos (“no sería tenido por **legítimo** caballero”), otra de las muchas acusaciones vertidas en el mismo capítulo contra los herejes.

“-Con todo eso -dijo el caminante-, me parece, si mal no me acuerdo, haber leído que don Galaor, hermano del valeroso Amadís de Gaula, nunca tuvo dama señalada a quien pudiese encomendarse; y, con todo esto, no **fue tenido en** menos, y **fue un muy** valiente y famoso caballero”

Ya vimos que en el Quijote, por distintas razones, se asocia la figura de Amadís con la de Loyola, por lo tanto la referencia a su hermano Galaor debe encubrir a otro personaje real. Tanto en el Relato como en la Vida se menciona en varias ocasiones al hermano mayor de Loyola, aunque ninguno de los datos ofrecidos permite suponer una relación entre dicho personaje histórico y el ficticio Galaor. Pero hermano es también el tratamiento mutuo que se dan los miembros de cualquier comunidad religiosa, o sea, que tras la figura de Galaor probablemente se oculta otro miembro de la Compañía, en mi opinión Francisco Javier, cuya vida y hazañas se mencionan en varias ocasiones en la Vida, especialmente en el capítulo íntegramente dedicado a su muerte, y de gran trascendencia para el Quijote. De dicho capítulo extraigo algunas noticias sobre Francisco Javier

“**Fue** varón admirable, y no solamente a los Cristianos, sino a los mismos Gentiles también, de muy grande veneración; conservóle Dios limpio en su virginidad, y sin mancilla; **fue** deseosísimo de la virtud de la humildad, la cual, así como en todas las cosas la procuraba, así maravillosamente la sabía encubrir, por no ser por ella estimado, ni **tenido en** más; de suerte que el procurarla, y el encubrirla, todo nacía del mismo afecto y deseo de la verdadera humildad [...]

En las adversidades y persecuciones era muy constante e invencible, colgado siempre de la divina Providencia, y della tan fiado (como sus pasos eran todos para la gloria de Dios y salud de las almas) que no dudaba muchas veces de entrar en la mar con tiempos contrarios, ni de acometer cosas en que había

manifiestos peligros de muerte de los cuales Dios nuestro Señor milagrosamente le libró. [...] De Malaca le llevaron a Goa, donde **fue** recibido con procesión y universal concurso de todas las religiones y de la Ciudad; y **fue** depositado en la Iglesia de Goa, donde de todo el pueblo es venerado, y **tenido en** gran reverencia, y opinión de santidad” (Vida IV, VII)

Vivaldo ofrece unos cuantos detalles sobre Galaor (nombre, como Javier, compuesto de seis letras) que coinciden con los de Francisco Javier. En primer lugar dice, lógicamente, que lo ha leído, pero como Cervantes parece ser que nunca ofrece información sin doble sentido, eso conduce a sospechar, como siempre, que se refiere a libros e historias, que está haciendo una nueva referencia a su fuente constante de información, es decir, la Vida. Precisamente en el capítulo dedicado a la muerte de Francisco Javier, por casualidad, no aparece ni una sola vez mencionada la Virgen, ni en ningún momento se dice que se encomiende a ella, lo que ha sido traducido por Cervantes como que don Galaor “nunca tuvo dama señalada a quien pudiese encomendarse”. Pero además, hay también otra información muy apropiada al caso, y es la increíble noticia, ya comentada, de que a Francisco Javier “conservóle Dios limpio en su virginidad, y sin mancilla”, algo tan probable como improbable, pues anduvo solo por medio mundo. El caso es que, con bastante sentido del humor, Cervantes parodia la virginidad de Fco. Javier con el carecer de “dama señalada” de Galaor, de quien añade que “con todo esto, no fue tenido en menos”, también parodiando el gran concepto que, según Ribadeneyra, tenía el pueblo de su compañero. Los referentes más explícitos son la forma verbal “**fue**”, repetida de par en par en los textos, y la expresión “**tenido en**”, donde Cervantes cambia “más” por “menos”, aunque manteniendo un contenido paralelo.

De los fragmentos de la Vida también se extrae la conclusión de que Fco. Javier fue “un muy valiente y famoso caballero”, como Galaor, pues era “muy constante e invencible” y acometía “cosas en que había manifiestos peligros de muerte”. Y era famoso, pues, después de muerto, su cuerpo “fue recibido con procesión y universal concurso de todas las religiones y de la Ciudad”

Vivaldo ha empleado además esa atípica forma “un muy”, registrada tanto en la Vida como en el Relato.

“A lo cual respondió **nuestro** don Quijote:

-Señor, una golondrina sola no hace verano. Cuanto más, que yo sé que de secreto estaba ese caballero muy bien enamorado; fuera que aquello de querer a todas bien cuantas bien le parecían era condición natural, a quien no podía ir a la mano. Pero, en resolución, averiguado está muy bien que él tenía una sola a quien él había hecho señora de su voluntad, a la cual se **encomendaba muy a menudo** y muy **secretamente**, porque se preció de **secreto** caballero”

La defensa de don Quijote coincide plenamente con la lectura profunda, pues por un lado, admite la posibilidad de que la lectura de Vivaldo sea cierta, aunque la niega inmediatamente con la suya, corroborada con una especie de información privilegiada según la cual Galaor, además de su tendencia (“condición natural”) al amor de cualquier dama, estaba secretamente enamorado de una, lo que en lenguaje profundo equivaldría a decir que Fco. Javier, aunque tenía la tendencia de cualquier religioso a venerar cualquier imagen de la Virgen, sentía, por supuesto, veneración por la única, o sea, la madre de Cristo. Es lógico que, durante sus muchas horas de oración, se encomendara algunas veces a la Virgen, aunque nunca podremos saberlo, pues, como Galaor, “se preció de secreto caballero”

“Era tan amigo de la oración, que se le pasaban muchas veces las noches enteras, orando, y siempre que podía delante del santísimo Sacramento, y sino, delante

de la imagen de un Crucifijo, y esto sin dormir, y si le oprimía la flaqueza de la carne, poníase una piedra por cabecera, o alguna otra cosa dura; y durmiendo así en tierra, el sueño era breve, y ligero, y **muy a menudo** le interrumpía con gemidos y suspiros, hablando con Dios; y conforme a esta vida y a los trabajos della, eran muy copiosas y maravillosas las consolaciones divinas que el Señor le enviaba.

Cuando él pensaba que estaba solo, y que ninguno le podía ver, ni oír; la mano en el pecho, y los ojos levantados al cielo, por la grande abundancia y fuerza de las consolaciones divinas, daba muchas voces a Dios, diciendo, basta ya Señor mío, basta ya” (Vida IV, VII)

Esa postura mística (“la mano en el pecho, y los ojos levantados al cielo”) sólo la practicaba cuando nadie “le podía ver”, por eso, según don Quijote, “se preció de secreto”. Algo que además se especifica en la Vida

“Su comer y vestir, era vil y pobre; mendigaba de puerta en puerta su comida; si sus devotos y amigos le enviaban algo, todo lo daba a los pobres con el mayor **secreto** que podía” (Vida IV, VII)

A ese referente, se añade el “muy a menudo” (“a la cual se encomendaba **muy a menudo** y muy secretamente”), situado, gracias al verbo encomendarse, dentro de un contexto plenamente místico.

Vivaldo, continuando su solapada labor inquisitiva, vuelve a responder preguntando

“-Luego si es de esencia que todo caballero andante **haya de** ser enamorado - dijo el caminante-, **bien se puede creer que** vuestra merced lo es, pues es de la **profesión**. Y si es que vuestra merced **no se** precia de ser tan secreto como don Galaor, con las veras que puedo le suplico, en nombre **de toda esta compañía** y en el mío, nos diga el nombre, patria, calidad y hermosura de su dama; **que ella** se tendría por dichosa de que todo el mundo sepa que es querida y servida de un tal caballero como vuestra merced parece”

En plan silogístico, Vivaldo responde empleando una expresión (“**es de esencia**”) de la Vida con la que continúa su burla-interrogatorio, pues así como “no es de esencia de la Religión, el tener coro”, sí es de esencia de todo religioso venerar a la Virgen, y don Quijote, como bien dice Vivaldo, es de la profesión.

Hay un montón de paralelismos entre la intervención de Vivaldo y el fragmento de la Vida dedicado a la expulsión de los profesos

“Y no reciben agravio los que así se despiden, pues entraron con esta condición, y quedan libres, como habemos dicho, y comunmente van más aprovechados en todo que cuando entraron, y **no se** despiden sino por su bien, o por el **de toda la Compañía**, el cual por ser común y pertenecer a muchos, se ha de preferir al bien particular de cada uno. Y pues en todas las Religiones por causas graves y urgentes, **se puede** y suelen echar los Religiosos dellas, aunque sean profesos, quedando ellos siempre obligados a guardar sus votos y **profesión**, no hace agravio la **Compañía** a los que despide no siendo aún profesos, pues cuando los despide quedan sin ninguna obligación y señores de sí. Ni es contra razón que se **haya de** fiar más **de toda la Compañía** el particular cuando entra en ella, **creyendo que** no le despidirán sin causa, que no la Compañía del particular esperando que ha de perseverar sin tener voto ni obligación para ello, pues no son iguales las partes. Aunque, si **bien se** mira, no es menor la seguridad que tiene el particular, fundada y afianzada en el instituto y reglas de toda la Compañía, que la **que ella** tiene con el voto y promesa del particular, como acabamos de decir” (Vida III, XXII)

El cuadro manifiesta claramente las múltiples coincidencias

Vida
haya de
bien se
se puede
creyendo que
profesión
no se
de toda la Compañía
que ella

Quijote
haya de
bien se
se puede
creer que
profesión
no se
de toda ...compañía
que ella

Vivaldo concluye con la frase “un tal caballero como vuestra merced parece”, de la que se desprende una duda, pues no afirma que don Quijote sea un caballero, sino que lo parece, es decir, la misma incertidumbre que en el lenguaje profundo debió sentir el nuncio Veralo ante la religiosidad de Loyola.

“Aquí dio un gran suspiro don Quijote, y dijo:

-Yo no podré afirmar si la dulce mi enemiga gusta, o no, de que el mundo sepa que yo la sirvo; sólo sé decir, respondiendo a lo que con tanto comedimiento se me pide, que su nombre es Dulcinea; su patria, el Toboso, un lugar de la Mancha; su calidad, por lo menos, ha de ser de princesa, pues es reina y señora mía; su hermosura, sobrehumana, pues en ella se vienen a hacer verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan a sus damas: que sus cabellos son oro, su frente campos elíseos, sus cejas arcos del cielo, sus ojos soles, sus mejillas rosas, sus labios corales, perlas sus dientes, alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieve, y las partes que a la vista humana encubrió la honestidad son tales, según yo pienso y entiendo, que sólo la discreta consideración puede encarecerla, y no compararlas”

El gran suspiro de don Quijote al escuchar la pregunta sobre su amada, es tan teatral como los muchos que aparecen en la Vida, normalmente acompañados de llantos, gemidos y otras manifestaciones más propias del género pastoril que del religioso. La descripción de Dulcinea sigue “el orden que la retórica mandaba para el retrato, comenzando desde la parte superior de su persona, y va a emplear todos los tópicos literarios que se fueron almacenando en el lenguaje poético”³⁰. Es decir, Cervantes hace lo mismo que Ribadeneyra, abusar de los tópicos, aunque dándole además a su lenguaje la suficiente soltura como para posibilitar la lectura profunda, matizada, por ejemplo, con el adjetivo “sobrehumana”, totalmente tópico pero a su vez sugeridor de la belleza espiritual de la Virgen, cuya presencia general está reforzada por ese grado superlativo en que se le atribuyen todas las virtudes. “Al tocar el tema de Dulcinea, Vivaldo pregunta al caballero andante, entre otras cosas, por su hermosura, y Don Quijote, describiéndola en superlativos, pasa a las partes bajas en términos que según la Inquisición portuguesa merecían el expurgo. He aquí el texto entero: “*y las partes que a la vista humana encubrió la honestidad son tales, según yo pienso y entiendo, que sólo la discreta consideración puede encarecerla, y no superarlas*” [...] Mirada a la luz del estado de extrema corrupción que ostentaba el clero de la época, como lo vimos arriba, la borradura de este pasaje por razones de pudibundez revela la extrema hipocresía y mezquindad del Santo Oficio”³¹. Esta observación de Osterc debe completarse con el importante poder desempeñado por la Compañía en la Inquisición portuguesa. Ello explica que estuviesen al tanto de la doble identidad de Dulcinea y censuraran tan pulcra descripción, pues sólo si se conoce la referencia a la Virgen puede

³⁰ Rico, o.c., n. 47, p. 141.

³¹ El Quijote, la Iglesia y la Inquisición, L. Osterc, o.c., p. 35-36

hablarse de blasfemia, de asunto censurable por la Iglesia, ya que el hecho de materializarla, de hacerla carne descriptiva, es en sí pura irreverencia. Cervantes no se atreve a mencionar ni una sola de esas partes cubiertas por la honestidad, pero la sugerencia, el sólo pensar en ellas, es un acto censurable, una indiscreta “consideración”

Don Quijote ha hecho, pues, lo que estima una entusiasta y discreta descripción de la Virgen, intentando satisfacer la pregunta inquisidora de Vivaldo-Veralo, ante quien, en el fondo, sigue defendiéndose, pretendiendo demostrar que su idea de la Virgen no es distinta o herética, sino tan tópica como requería la más pura ortodoxia. O sea, la pregunta de Vivaldo al hablar sobre Dulcinea era, pues, un tema comprometido, el rasgo que definía definitivamente lo herético, por eso la respuesta de don Quijote se inició con “un gran suspiro”, y por eso el comienzo de su intervención es tan respetuoso y casi procesal: “respondiendo a lo que con tanto comedimiento se me pide”. Pero el final de la respuesta, la frase censurada, inquieta tanto a Vivaldo que inmediatamente interviene y, precisamente, con otra pregunta inquisitiva de estructura muy parecida a la hecha por los dominicos (“Y ¿qué cosas de Dios son esas que decís? que eso es lo que sumamente deseamos **saber**”)³² en el interrogatorio de Salamanca

“-El linaje, prosapia y alcurnia querriamos **saber** -replicó Vivaldo.

A lo cual respondió don Quijote:

-No es de los antiguos Curcios, Gayos y Cipiones romanos, ni de los modernos Colonas y **Ursinos**, ni de los Moncadas y Requesenes de Cataluña, ni menos de los Rebellas y Villanovas de Valencia, Palafoxes, Nuzas, Rocabertis, Corellas, Lunas, Alagones, Urreas, Foces y Gurreas de Aragón, Cerdas, **Manriques**, **Mendozas** y Guzmanes de Castilla, Alencastros, Pallas y Meneses de Portugal; pero es de los del Toboso de la Mancha, **linaje**, aunque moderno, tal, que puede **dar generoso principio** a las **más ilustres** familias de los venideros siglos. Y no se me replique en esto, si no fuere con las condiciones que puso Cervino al pie del trofeo de las armas de Orlando, que decía:

Nadie las mueva

que estar no pueda con Roldán a prueba”

Aunque no viene a cuento, don Quijote se explaya en linajes ajenos a Dulcinea, con la pretensión, parece, de relacionar su nombre con los más ilustres de la historia. Quizás para imitar la pomposa tendencia de Ribadeneyra a rellenar su libro con cuantos ilustres apellidos conoce. No obstante, en la Vida, aunque aparecen en repetidas ocasiones las distintas nacionalidades mencionadas por don Quijote (Cataluña, Valencia, Aragón, Castilla y Portugal) sólo encontramos literalmente tres de los apellidos: Ursino, Manrique y Mendoza, y junto a ellos algunas expresiones también presentes en la respuesta de don Quijote

“Había esta señora comprado muchas casas con el favor y brazo de Pauloa IV, su tío, para hacer dellas una obra pía, conforme al testamento de Camilo **Ursino**, marqués de la Guardia” (Vida IV, III)

“Al de Barcelona **dieron principio** algunos hombres devotos, aficionándose a la dotrina y conversación del padre doctor Araoz, que en aquella ciudad residió un poco de tiempo, el cual después dotó D^a. María **Manrique** de Lara, hija del duque de Nájera, y por esto y por su gran recogimiento y virtud aún más conocida y estimada en el mundo” (Vida III, XVI)

“me parece á mí haber sido el Colegio de Alcalá el más principal seminario que la Compañía ha tenido, y como la fuente y **principio** de fundarla y extenderla en las provincias de España; y por conocer el gran fruto que en este colegio se hace á nuestro Señor le fundaron, algunos años después, D^a. María de **Mendoza**,

³² Vida I, XV

hija de D. Luis Hurtado de **Mendoza**, marqués de Mondéjar y presidente del Consejo real de **Castilla**, y D^a. Catalina de **Mendoza**, hija de D. Iñigo López de **Mendoza**, asimismo marqués de Mondéjar, su sobrina, señoras aún **más ilustre** en religión, recogimiento y toda virtud que en sangre” (Vida III, VIII)

La frase de don Quijote (“linaje, aunque moderno, tal, que puede dar generoso principio a las **más ilustres** familias de los venideros siglos”) es prácticamente la misma que la de la Vida (“dieron principio ...aún **más ilustre**”) y dentro de un mismo contexto heráldico, y tres de los apellidos citados por él están relacionados con las fundaciones de colegios de la Compañía que, según otro fragmento de la Vida, es un “sacro apellido”

“Pudo ser que su divina y secreta sabiduría condescendiendo con nuestra flaqueza, no quisiese hacer a nuestro P. Ignacio señalado en esto, para que no tuviésemos milagros de que jactarnos. Y pudo también ser que lo hiciese, para que no siendo el fundador de nuestro instituto tan esclarecido con milagros, no tomásemos **nombre** dél; sino que se dijese y se llamase nuestra religión no de Ignacio, sino la Compañía de Jesús, y este sacro apellido nos estuviese siempre predicando que no quitásemos los ojos del buen Jesús; al cual debemos honrar e imitar, no solamente como universal redentor y príncipe del linaje humano, sino también como a **nuestro** capitán y caudillo, que se ha dignado honrar con el glorioso título de su **dulcísimo nombre** esta nuestra mínima Compañía” (Vida V, XIII)

Los hijos de Ignacio no llevan su apellido, sino el de la Compañía de Jesús, nombre que dio principio, a través de sus colegios en todo el mundo, a una de “las más ilustres familias de los venideros siglos”, la formada por toda esa gente linajuda que une su nombre en cada colegio al de la Compañía. O sea que, según don Quijote, el nombre de Dulcinea generará, como madre, a una gran familia, la de la Compañía, también llamada por Ribadeneira en el fragmento anterior “**dulcísimo** nombre”, razón por la que don Quijote, al iniciar su respuesta, haya llamado a Dulcinea “la **dulce** mi enemiga”, revelando definitivamente el origen del nombre de Dulcinea.

“-Aunque el mío es de los Cachopines de Laredo -respondió el caminante-, no le osaré yo poner con el del Toboso de la Mancha, puesto que, para decir verdad, semejante **apellido** hasta ahora no ha llegado a mis oídos.

-¡Como eso no habrá llegado! -replicó don Quijote”

La respuesta de Vivaldo deja perplejo a don Quijote, pues no comprende que el inquisidor Veralo salga ahora diciendo que ignora el nombre y los orígenes de la Compañía, de ahí el irónico “Como eso”, cuyo significado viene a ser: pero ¿como es posible que, sabiéndolo todo, no esté informado del nombre?

De la respuesta de don Quijote interesa destacar su esperanza de supervivencia en el tiempo

“los del Toboso de la Mancha, linaje, aunque moderno, tal, que puede dar generoso principio a las más ilustres familias de los venideros siglos”

respuesta metafórica cuyo sentido alude al prometedor futuro, “generoso principio”, de la nueva familia de la Compañía.

“Con gran atención iban escuchando todos los demás la plática de los dos, y aun hasta los mismos cabreros y pastores conocieron la demasiada falta de juicio de nuestro don Quijote. Sólo Sancho Panza pensaba que cuanto su amo decía era verdad, sabiendo él quién era y habiéndole conocido desde su nacimiento; y en lo que dudaba algo era en creer aquello de la linda Dulcinea del Toboso, porque nunca tal nombre ni tal princesa había llegado jamás a su noticia, aunque vivía tan cerca del Toboso”

La plática entre don Quijote y Vivaldo es el centro de atención de todos los presentes, como en su momento lo era el interrogatorio de Veralo a Loyola.

Según el narrador, salvo Sancho, todos los demás piensan que don Quijote está bastante loco, lógicamente basándose sólo en su atuendo y conversación, pues por ahora no le han visto hacer cosas extraordinarias, de forma que la opinión de todos se ha formado, como la de Loyola en el juicio, por su aspecto y razonamientos.

“En estas pláticas iban, cuando vieron que, por la quiebra que dos altas montañas hacían, bajaban hasta veinte pastores, todos con pellicos de negra lana vestidos y coronados con guirnaldas, que, a lo que después pareció, eran cuál de tejo y cuál de ciprés. Entre seis dellos traían unas andas, cubiertas de mucha diversidad de flores y de ramos. Lo cual visto por uno de los cabreros, dijo:

-Aquellos que allí vienen son los que traen el cuerpo de Grisóstomo, y el pie de aquella montaña es el lugar donde él mandó que le enterrasen”

Se repite prácticamente la descripción del primer grupo de pastores encontrados en el camino. La insistencia del vocablo plática nos recuerda el sentido simbólico-espiritual del trasfondo de toda la charla, de nuevo interrumpida por el narrador para informar de la presencia de un nuevo grupo de “pastores”, vestidos “todos” con una misma indumentaria negra, y coronados. El narrador dice “hasta veinte”, queriendo quizás simbolizar, con un poco de imprecisión, el incremento numérico que se había producido en la Compañía, especialmente desde su segunda confirmación en 1543, ya que hasta entonces tenía limitado, por orden del papa, su crecimiento, como señala Ribadeneyra

“Desde este tiempo comenzó nuestra religión a ir creciendo con notable aumento cada día más” (Vida III, VII)

Es significativo que este nuevo grupo sea también de pastores y vengan igualmente vestidos, dando idea de representación simbólica, pastores-religiosos, todos de negro y todos coronados, simbolizando, como se ha visto, la tonsura sacerdotal. Esa interpretación parece corroborada por la irónica, o burlona, especificación añadida por el narrador “coronados con guirnaldas, que, a lo que después pareció, eran cuál de tejo y cuál de ciprés”

La escena vuelve a ser teatral y ajena al realismo o a la diversidad propia de lo que es un grupo heterogéneo de personas unidas por su dedicación al pastoreo, pero lógica dentro del lenguaje profundo, pues ya sabemos que esos pastores son religiosos de una sola congregación que, vestidos con su hábito negro, vienen a enterrar a un compañero. Dicho compañero sabemos, desde el capítulo 12, que se llama Grisóstomo y que es trasunto de Pedro Fabro, de cuya vida, en general, ha tomado Cervantes muchos datos. Pero también hemos visto que, poco a poco, han desaparecido los referentes a Fabro y que han aumentado los de Francisco Javier, otro jesuita muerto y al que Ribadeneyra le dedica, como a Fabro, un capítulo exclusivo que, a partir de ahora y durante el capítulo 14, va a ser el núcleo básico de donde se nutre Cervantes para todo lo relativo al entierro de Grisóstomo. De ese capítulo extraigo párrafos dispersos relativos a la muerte

“En este mismo año de mil y quinientos y cincuenta y dos, el padre Francisco Javier habiendo partido de la India a predicar el Evangelio a los Chinas, y a dar a aquellos pueblos ciegos los primeros resplandores de nuestra Fee, en la misma entrada de aquella Provincia falleció [...] Porque el postrer día del mes de Noviembre, estándose aún en la mar, cayó enfermo, y encerrándose en su aposentillo estuvo todo el día sin desayunarse, sacando del corazón continuos gemidos, y amorosos suspiros; y repitiendo muchas veces estas palabras, *Iesu fili David, miserere mei*; que quieren decir, Jesús hijo de David, habed misericordia de mí; las cuales decía con voz tan alta y clara que le oían los marineros y

pasajeros. Un día después dándoles a entender que ya se llegaba el dichoso fin de su peregrinación, se hizo llevar a una peña muy áspera, y alta roca, adonde hablando familiar y dulcísicamente con su criador y señor, a la misma noche de aquel mismo día salió de la cárcel deste cuerpo mortal, comenzando el segundo día de Diciembre, de mil y quinientos y cincuenta y dos años [...] Luego que pasó desta vida, los mercaderes Portugueses que iban en la nave, y se hallaron a su muerte, tomaron su cuerpo, y vestido de sus ornamentos sacerdotales, que él llevaba para decir Misa, le enterraron cubriéndole todo de cal, para que comida con su fuerza toda la carne, quedasen los huesos secos, y ellos los pudiesen llevar a la India, a donde él había rogado que le llevasen, acordándose del día de su resurrección, y deseando estar en lugar sagrado, para mejor gozar y ser ayudado de los piadosos sufragios de los fieles. [...] Pasados tres meses después que le enterraron, quisieron volverse los mercaderes a la India; y pareciéndoles que ya estaría gastado el cuerpo, tornan a cavar la sepultura, y hallan las vestiduras tan sanas y enteras, como se las vistieron, y el cuerpo tan incorrupto y sólido, como cuando le pusieron, con su color natural, como cuando era vivo, y la carne tan jugosa y fresca, sin ningún género de mal olor. Movidos con tan grande milagro los mercaderes, ponen el cuerpo así como estaba en el navío, y llegan a Malaca, escapando de gravísimos peligros, con increíble presteza y brevedad. Allí enterraron otra vez el cuerpo, y le detuvieron otros doce meses, y se conservó con la misma entereza e incorrupción. De Malaca le llevaron a Goa, donde fue recibido con procesión y universal concurso de todas las religiones y de la Ciudad; y fue depositado en la Iglesia de Goa, donde de todo el pueblo es venerado, y tenido en gran reverencia, y opinión de santidad”

En el capítulo 14 comprobaremos la veracidad de estos datos, de los que ahora interesan los aspectos externos tomados por Cervantes para el entierro, que va a realizarse, según dice un cabrero, al “pie de aquella montaña”, en “el lugar donde el mandó que le enterrasen”. Dos detalles (lugar determinado y voluntad expresa) coincidentes con los de Francisco Javier, que “se hizo llevar a una peña muy áspera, y alta roca” para enterrarse.

“Por esto se dieron priesa a llegar, y fue a tiempo que ya los que venían habían puesto las andas en el suelo, y cuatro dellos con agudos picos estaban cavando la sepultura a un lado de una dura peña”

Interviene otra vez el narrador para aportar más datos con su acostumbrada ironía. Ya las distancias se han acortado y el plano general pasa a ser prácticamente un primer plano donde vemos a cuatro de los pastores “cavando la sepultura”, la misma expresión de la Vida (“tornan a cavar la sepultura”), “a un lado de una dura peña”, o sea, en un lugar casi idéntico al de Fco. Javier: “una peña muy áspera, y alta roca”. La burla del narrador se centra en esa absurda, por prolija, calidad de la peña (muy áspera), parodiada con la “dura peña”

“Recibióronse los unos y los otros cortésmente, y luego don Quijote y los que con él venían se pusieron a mirar las andas, y en ellas vieron cubierto de flores un cuerpo muerto, vestido como pastor, de edad, al parecer, de treinta años; y, aunque muerto, mostraba que vivo había sido de rostro hermoso y de disposición gallarda. Alrededor dél tenía en las mismas andas algunos libros y muchos papeles, abiertos y cerrados. Y así los que esto miraban, como los que abrían la sepultura, y todos los demás que allí había, guardaban un maravilloso silencio, hasta que uno de los que al muerto trujeron dijo a otro”

Los pastores se reciben de forma muy semejante a como, según ya se ha visto, lo hacen los jesuitas

“Llegaron, en fin, a Venecia a ocho de enero del año de 1537, y allí hallaron a su padre y maestro Ignacio que los aguardaba, juntamente con el otro sacerdote que dijimos que se le había llegado, y con singular alegría se recibieron los unos a los otros” (Vida II, VII)

En las andas vieron “un cuerpo muerto, **vestido** como pastor”, igual que Fco. Javier, pastor de almas, fue enterrado “**vestido** de sus ornamentos sacerdotales”. Aunque estaba muerto, Grisóstomo “mostraba que **vivo** había sido de rostro hermoso y de disposición gallarda”, es decir, se encontraba muy bien conservado y con sus rasgos como cuando estaba “vivo”, igual que Fco. Javier “el cuerpo tan incorrupto y sólido, como cuando le pusieron, con su color natural, como cuando era **vivo**”

La vestimenta del muerto lo identifica, pues, como pastor perteneciente a todo ese grupo de simbólicos pastores que han ido a enterrarlo. Sobre su edad duda el narrador, y dice que, “al parecer”, tenía treinta años. De nuevo Cervantes ha empleado esa muletilla propia de Ribadeneyra, cuya utilización ya se ha visto que es una forma de evitar decir directamente una mentira pues, sabiendo que no es cierto, suele utilizar “al parecer” para decir lo que le interesa, por eso Cervantes, sabiendo que Ribadeneyra expresa claramente al principio del capítulo que Fabro nació en 1506 y murió en 1546, emplea “al parecer” para evitar decir que el muerto tenía cuarenta años, con lo que se habría identificado claramente con Fabro.

Además de flores que desprenden buen olor, alrededor del cuerpo “tenía en las mismas andas algunos libros y muchos papeles, abiertos y cerrados”, pues, como ya se ha visto, Fabro era escritor

“declaró los psalmos de David en los estudios públicos de Maguncia”

“Comunicábasele Dios nuestro Señor y regalaba su alma con maravillosas ilustraciones y revelaciones divinas, como se vee, parte en un libro que él escribió como memorial de lo que pasaba por ella, lleno de espíritu y devoción, parte en una carta que escribió desde Alemania al padre Laínez, en el año de 1542”

Los libros y papeles abiertos y cerrados que rodean el cuerpo son, pues, símbolos del trabajo como escritor realizado por Fabro, que dejó libros terminados y otros, como su diario o Memorial, abiertos.

“-Mirá bien, Ambrosio, si es este el lugar que Grisóstomo dijo, ya que queréis que tan puntualmente se cumpla lo que dejó mandado en su testamento.

-Este es -respondió Ambrosio-, que muchas veces en él me contó mi desdichado amigo la historia de su desventura. Allí me dijo él que vio la vez primera a aquella **enemiga mortal del linaje humano**, y allí fue también donde la primera vez le declaró su pensamiento, tan honesto como enamorado, y allí fue la última vez donde Marcela le acabó de desengañar y desdeñar, de suerte que puso fin a la tragedia de su miserable vida. Y aquí, en memoria de tantas desdichas, quiso él que le depositasen en las entrañas del eterno olvido”

La insistencia en la honestidad del amor de Grisóstomo coincide con la naturaleza del amor en el lenguaje profundo, es decir, el amor honesto y desinteresado del religioso, pues Ribadeneyra acostumbra a referirse al demonio como al “enemigo”, “enemigo capital” (Vida I, XIII), “cruel enemigo” (Vida II, XII), e incluso con una expresión tan similar como la ahora utilizada por Cervantes, “**enemigo del linaje humano**”. Marcela es, como la Compañía, capaz de arrastrar a los jóvenes con la misma fuerza que el enemigo, que desata pasiones y conduce a los jóvenes al suicidio, según parece deducirse de las palabras de Ambrosio “de suerte que puso fin a la tragedia de su **miserable vida**”

“Pero aún mucho más se echa esto de ver en el esfuerzo y ánimo con que truecan esta temporal y **miserable vida** por la bienaventurada y eterna, **muriendo por su Dios y Señor**” (Vida II, XIX)

Morir por Marcela o morir por “su Dios y Señor”, el sentido de entrega, de infravaloración de la vida, rige los destinos de amantes y religiosos, en ambos casos enterrados, depositados, en sus lugares correspondientes (“Y aquí, en memoria de tantas desdichas, quiso él que le **depositasen** en las entrañas del eterno olvido”)

“De Malaca le llevaron a Goa, donde fue recibido con procesión y universal concurso de todas las religiones y de la Ciudad; y fue **depositado** en la Iglesia de Goa, donde de todo el pueblo es venerado, y tenido en gran reverencia, y opinión de santidad” (Vida IV, VII)

Además de parodiar el rebuscado y cursi estilo pastoril de Ribadeneyra, el lenguaje de Ambrosio nos permite asociar las “entrañas del eterno olvido” donde fue depositado el cuerpo de Grisóstomo con la lejanía o el olvido de Goa, donde fue enterrado Fco. Javier.

“Y, volviéndose a don Quijote y a los caminantes, prosiguió diciendo:

-Ese cuerpo, señores, que con piadosos ojos estáis mirando, **fue** depositario de un alma en quien el cielo puso **infinita parte** de sus riquezas. Ése es el cuerpo de Grisóstomo, que **fue** único en el ingenio, solo en la cortesía, extremo en la gentileza, fénix en la amistad, magnífico sin tasa, grave sin presunción, alegre sin bajeza, y, finalmente, primero en todo lo que es ser bueno, y sin segundo en todo lo que **fue** ser desdichado. Quiso bien, **fue** aborrecido; adoró, **fue** desdeñado; rogó a una fiera, importunó a un mármol, corrió tras el viento, dio voces a la soledad, sirvió a la ingratitud, de quien alcanzó por premio ser despojos de la muerte en la mitad de la carrera de su vida, a la cual dio fin una pastora a quien él procuraba eternizar para que viviera en la memoria de las gentes, cual lo pudieran mostrar bien esos papeles que estáis mirando, si él no me hubiera mandado que los entregara al fuego en habiendo entregado su cuerpo a la tierra”

Este extremado panegírico de Ambrosio, cuya hipérbole inicial (“infinita parte”) advierte de su desmesura, no es sino una variedad de otros tan exagerados hechos por Ribadeneyra a sus compañeros Hoces, Fabro, Fco. Javier o Loyola. Su procedimiento es siempre el mismo, atribuir a quien se propone encumbrar todas y cada una de las virtudes reconocidas a las grandes personalidades de la humanidad, de forma que cuantas cosas dice Ambrosio de Grisóstomo pueden encontrarse como propias de cada uno de los distintos compañeros de Ribadeneyra, cuya máxima al respecto ya la conocemos: “De los vivos diremos poco; de los muertos algo más, conforme a lo que el Sabio nos amonesta, que no alabemos a nadie antes de su muerte dando a entender (como dice San Ambrosio) que le alabemos después de sus días y le ensalcemos después de su acabamiento” (Vida, A los hermanos)

Para hacerse una idea, conviene desglosar el discurso, dominado, como puede verse en las negritas, por la presencia del “fue”, igual que ocurre, como veremos enseguida, en los panegíricos a Fabro y Francisco Javier.

Todas las virtudes atribuidas a Grisóstomo también lo han sido a miembros de la Compañía

- “depositario de un alma en quien el cielo puso **infinita parte de sus riquezas**”

“Y que no es maravilla que haya usado desta misericordia con nuestro Ignacio, y con tan larga mano repartido con él de sus tesoros y **riquezas infinitas**”
(Vida I, VII)

- “fue **único** en el **ingenio**”

- “de singular ingenio” (Vida V, XII)
- “fénix en la **amistad**”
 - “con Fabro tomó estrechísima **amistad**” (Vida II, IV)
- “**grave** sin presunción”
 - “por la suave **gravedad** y sólida virtud que resplandecía en sus palabras” (Vida III, XI)
- “**alegre** sin **bajeza**”
 - “El semblante del rostro era alegremente **grave**, y gravemente **alegre**” (Vida IV, XVIII)
 - “el padre Francisco se quedase en su **bajeza**, y con ella admirase y edificase el mundo” (Vida III, XV)
- “primero en todo lo que es ser bueno”
 - “En las cosas árduas y grandes no tornaba atrás de lo que una vez había juzgado ser bueno” (Vida V, XI)
- “Quiso bien, fue **aborrecido**; adoró, fue desdeñado; **rogó** a una fiera,
 - “Y el mismo padre Ignacio intercedió y **rogó** por él, [...] que comenzó a amar y reverenciar al médico que tanto había **aborrecido**” (Vida III, XIII)

Al margen de estos detalles paralelos, que podrían ser sustituidos por otros muchos, quizás sea el estilo de Ambrosio y su forma de engarzar alabanzas, lo más parecido al estilo de Ribadeneyra, que dice de Fabro

“**Fue** Fabro varón de grande virtud y dotrina. Tuvo admirable don de conocer y discernir espíritus y gracia de sanar enfermos. **Fue** hombre muy ejercitado en la continua oración y contemplación, y de tanta abstinencia, que llegó alguna vez a no comer bocado ni beber gota en seis días enteros. [...] **Fue**, pues, tan grande la entereza de vida y santidad de costumbres del padre Pedro Fabro, que robaba los corazones de todos los que trataba (como habemos dicho), y los suspendía” (Vida III, XI)

Esa concentración de virtudes en Fabro, presidida por la forma “fue”, vuelve a repetirse en Fco. Javier

“**Fue** varón admirable, y no solamente a los Cristianos, sino a los mismos Gentiles también, de muy grande veneración; conservóle Dios limpio en su virginidad, y sin mancilla; **fue** deseosísimo de la virtud de la humildad [...] **fue** en el don de Profecía muy excelente” (Vida IV, VII)

Ribadeneyra ha repetido el mismo esquema anterior, la forma “fue” más un innumerable cúmulo de virtudes, tal como hizo Ambrosio en el panegírico a su amigo Crisóstomo (“**fue** único en el ingenio, solo en la cortesía, extremo en la gentileza, fénix en la amistad, magnífico sin tasa, grave sin presunción, alegre sin bajeza, y, finalmente, primero en todo lo que es ser bueno, y sin segundo en todo lo que **fue** ser desdichado. Quiso bien, **fue** aborrecido; adoró, **fue** desdeñado; rogó a una fiera, importunó a un mármol, corrió tras el viento, dio voces a la soledad, sirvió a la ingratitude”)

Fabro y Fco. Javier murieron jóvenes, especialmente el primero, o sea, en la mitad de la carrera de su vida, y entregados a la Compañía, a la que ellos procuraban “eternizar para que viviera en la memoria de las gentes”

Por último, Ambrosio anuncia su propósito de quemar los papeles de Grisóstomo.

“-De mayor rigor y crueldad usaréis vos con ellos -dijo Vivaldo- que su mismo dueño, pues no es justo ni acertado que se cumpla la voluntad de quien lo que ordena va fuera de todo razonable discurso. Y no le tuviera bueno Augusto César si consintiera que se pusiera en ejecución lo que el divino Mantuano dejó en su testamento mandado. Ansí que, señor Ambrosio, ya que deis el cuerpo de vuestro amigo a la tierra, no queráis dar sus escritos al olvido,

que si él ordenó como agraviado, no es bien que vos cumpláis como indiscreto. Antes haced, dando la vida a estos papeles, que la tenga siempre la crueldad de Marcela, para que sirva de ejemplo, en los tiempos que están por venir, a los vivientes, para que se aparten y huyan de caer en semejantes despeñaderos; que ya sé yo, y los que aquí venimos, la historia deste vuestro enamorado y desesperado amigo, y sabemos la amistad vuestra y la ocasión de su muerte, y lo que dejó mandado al acabar de la vida, de la cual lamentable historia se puede sacar cuánto haya sido la crueldad de Marcela, el amor de Grisóstomo, la fe de la amistad vuestra, con el paradero que tienen los que a rienda suelta corren por la senda³³ que el desvariado amor delante de los ojos les pone. Anoche supimos la muerte de Grisóstomo y que en este lugar había de ser enterrado, y así, de curiosidad y de lástima, dejamos nuestro derecho viaje y acordamos de venir a ver con los ojos lo que tanto nos había lastimado en oído. Y en pago desta lástima y del deseo que en nosotros nació de remedialla si pudiéramos, te rogamos, ¡oh discreto Ambrosio!, a lo menos, yo te lo suplico de mi parte, que, dejando de abrasar estos papeles, me dejes llevar algunos dellos.

Y sin aguardar que el pastor respondiese, alargó la mano y tomó algunos de los que más cerca estaban; viendo lo cual Ambrosio, dijo”

Este largo razonamiento de Vivaldo, con bastantes detalles de pedantería, está construido a base de retales de la Vida, pues él, como Ribadeneyra, es un eclesiástico al que le gusta poner en evidencia su gran cultura. Cuando Vivaldo dice “De mayor **rigor** y crueldad **usaréis** vos con ellos” está tratando de salvar del fuego los escritos de Grisóstomo, pero a su vez está utilizando el lenguaje empleado por Ribadeneyra en defensa de los ataques del Arzobispo de Toledo contra la Compañía

“Tomáronse muchos medios de ruegos e intercesión con el Arzobispo para que no **usase** de tanto **rigor**, y no se pudo acabar con él, hasta que el Consejo real, habiendo visto y examinado nuestras bulas y privilegios, juzgando que el mandato del Arzobispo era contra la **voluntad** y autoridad del sumo Pontífice, nos restituyó nuestro derecho y libertad, declarando por sus provisiones reales, que el Arzobispo nos hacía fuerza, y que no podía legítimamente hacer tal prohibición” (Vida IV, IV)

Vivaldo considera injusto que se cumpla la voluntad de quien va contra lo razonable (“**no es justo** ni **acertado** que se **cumpla la voluntad** de quien lo que **ordena** va **fuera de** todo **razonable** discurso”), siguiendo también la opinión de Ribadeneyra

“Porque no debemos nosotros tomar por regla cierta, cosa tan incierta como es nuestro parecer y juicio, ni por más santo y **acertado** que nos parezca medir por él las cosas divinas; sino sujetarle y regularle con a regla infalible de la fe y de la orden y mandamientos de los superiores que Dios tiene puestos en su Iglesia para enseñarnos y enderezarnos. Porque **no es justo** que las cosas claras sean reguladas por las oscuras y dudosas, sino que las dudosas tengan por regla las que son ciertas y averiguadas, y que por estas se examine y mida su verdad de las otras” (Vida V, I)

Aunque con distintos planteamientos, Ribadeneyra y Vivaldo, viene a decir que no es justo cumplir órdenes irracionales, o sea, que la oscuridad no debe regular la vida. Sin embargo, esos principios se vienen abajo cuando se trata de la obediencia religiosa, pues

³³ En la Vida el vocablo “senda” siempre aparece con un sentido metafórico de espiritualidad: “Bueno es para mí (decía) el padecer, mas ¿qué será de los que ahora comienzan a entrar por la estrecha **senda** de la virtud?” (Vida II, III). “y procuran de encaminar por la estrecha **senda** de la salud a los que andan descaminados y perdidos” (Vida III, XII)

en ese caso, dice Ribadeneyra, la obediencia ha de ser ciega (“se **cumpla la voluntad** de quien lo que **ordena** va **fuera de** todo **razonable** discurso”)

“Y así enseñaba él, que es imperfecta la obediencia que allende de la ejecución no tiene la **voluntad** y el juicio conforme al del superior; y que la obediencia que no tiene más que la ejecución exterior, no merece aun el nombre de obediencia; y que la que con la ejecución acompaña la **voluntad**, y hace que el obediente quiera lo mismo que el superior, aún no llega a ser perfecta, si no pasa adelante, y hace que no solamente quiera lo mismo, sino que sienta lo mismo que el superior, y juzgue que lo que él manda es bien mandado.

De manera, que **fuera de** la ejecución de la obra haya también conformidad de la **voluntad** y del juicio entre el que manda y el que obedece. Esta obediencia es entera y **cumplida** de todas sus partes, y excelentemente perfecta; por la cual cautivamos en cierta manera nuestro entendimiento al servicio divino, y tenemos por bueno todo lo que por nuestros superiores nos es ordenado; y ni buscamos **razones** para obedecer, ni seguimos las que se nos ofrecen; antes obedecemos por sola esta consideración, de pensar que lo que nos dicen es obediencia” (Vida V, IV)

También la frase sobre Virgilio (“Y no le tuviera bueno **Augusto César** si consintiera que se pusiera en ejecución lo que **el divino** Mantuano dejó en su testamento mandado”) parece inspirada en otra, no menos pedante, de la Vida

“Y aunque hay autor que escribe haberse hallado en las Indias Occidentales, en las minas de oro, una medalla de **Augusto César** y haberse enviado al papa en testimonio de la verdad, pero todo esto es cifra, enigmas y encubiertas; y cuando vemos la cosa más fácilmente, adivinamos lo que vemos” (Vida II, XIX)

“Al padre Láinez, preguntándole, dijo algunas veces, que en las cosas de nuestro Señor se había más *passive que active*; que estos son los vocablos que usan los que tratan desta materia, poniéndole por el más alto grado de la contemplación, a la manera que **el divino** Dionisio Areopagita dice de su maestro Hierotheo, que, *erat patiens divina*” (Vida V, I)

Finalmente, Vivaldo se apodera de algunos escritos y, gracias a la supuesta cortesía de Ambrosio, comienza a leerlos, mientras se abre la sepultura.

-Por cortesía consentiré que os quedéis, señor, con los que ya habéis tomado; pero pensar que dejaré de abrazar los que quedan es pensamiento vano.

Vivaldo, que deseaba ver lo que los papeles decían, abrió luego el uno dellos y vio que tenía por título: Canción desesperada. Oyólo Ambrosio, y dijo:

-Ese es el último papel que escribió el desdichado; y porque veáis, señor, en el término que le tenían sus desventuras, leelde de modo que seáis oído, que bien os dará lugar a ello el que se tardare en abrir la sepultura.

-Eso haré yo de muy buena gana -dijo Vivaldo.

Y como todos los circunstantes tenían el mismo deseo, se le pusieron a la redonda, y él, leyendo en voz clara, vio que así decía:

También Ribadeneyra finaliza, prácticamente, el capítulo dedicado a Fabro hablando sobre sus escritos que, de forma parecida a los de Grisóstomo, debieron ser bastantes, pues en la Vida se habla de libros y de cartas, en los que Fabro expone las “maravillosas ilustraciones y revelaciones divinas” que tuvo, y que se corresponden con las poesías o revelaciones amorosas escritas por Grisóstomo. En la Vida se nos ofrece una pequeña muestra (el fragmento de una carta a Láinez) de esa literatura, y Ambrosio permite a Vivaldo leer el último poema escrito por Grisóstomo.

Cervantes finaliza el capítulo dejándonos dispuestos a escuchar la lectura de la Canción desesperada, de forma muy semejante a como Ribadeneyra invita a la lectura de la carta de Fabro

“Escribía Fabro a Laínez y trataba con él con tanta llaneza y hermandad como con su propia alma, porque era grandísima la semejanza que en estos dos padres había de espíritu y celo, y muy entrañable entre ellos la unión de amor y caridad. Y para que esto mejor se vea, quiero poner aquí a la letra un capítulo sacado de aquella carta que a Laínez envió, en la cual Fabro le da cuenta de sí diciendo, aunque era saboyano, estas formales palabras en su castellano”

A lo largo de estos dos últimos capítulos, Ambrosio aparece, igual que Laínez, como el amigo del alma de Grisóstomo, no sólo porque es su depositario y el único que conoce sus últimas voluntades y toda la historia de su vida, sino porque el mismo narrador lo ha especificado dos veces, señalando, como Ribadeneyra, la grandeza de esa amistad

“aquel **gran** su amigo Ambrosio”

“juntamente se vistió con él de pastor otro su **grande** amigo, llamado Ambrosio”

Por último, señalar cómo la intervención de Vivaldo, tomando sin permiso los papeles de Grisóstomo y comenzando su lectura, vuelve a corresponderse con su solapada labor indagatoria, continuada, en parte, en el capítulo siguiente, donde será el único en dar a conocer su opinión sobre lo leído.